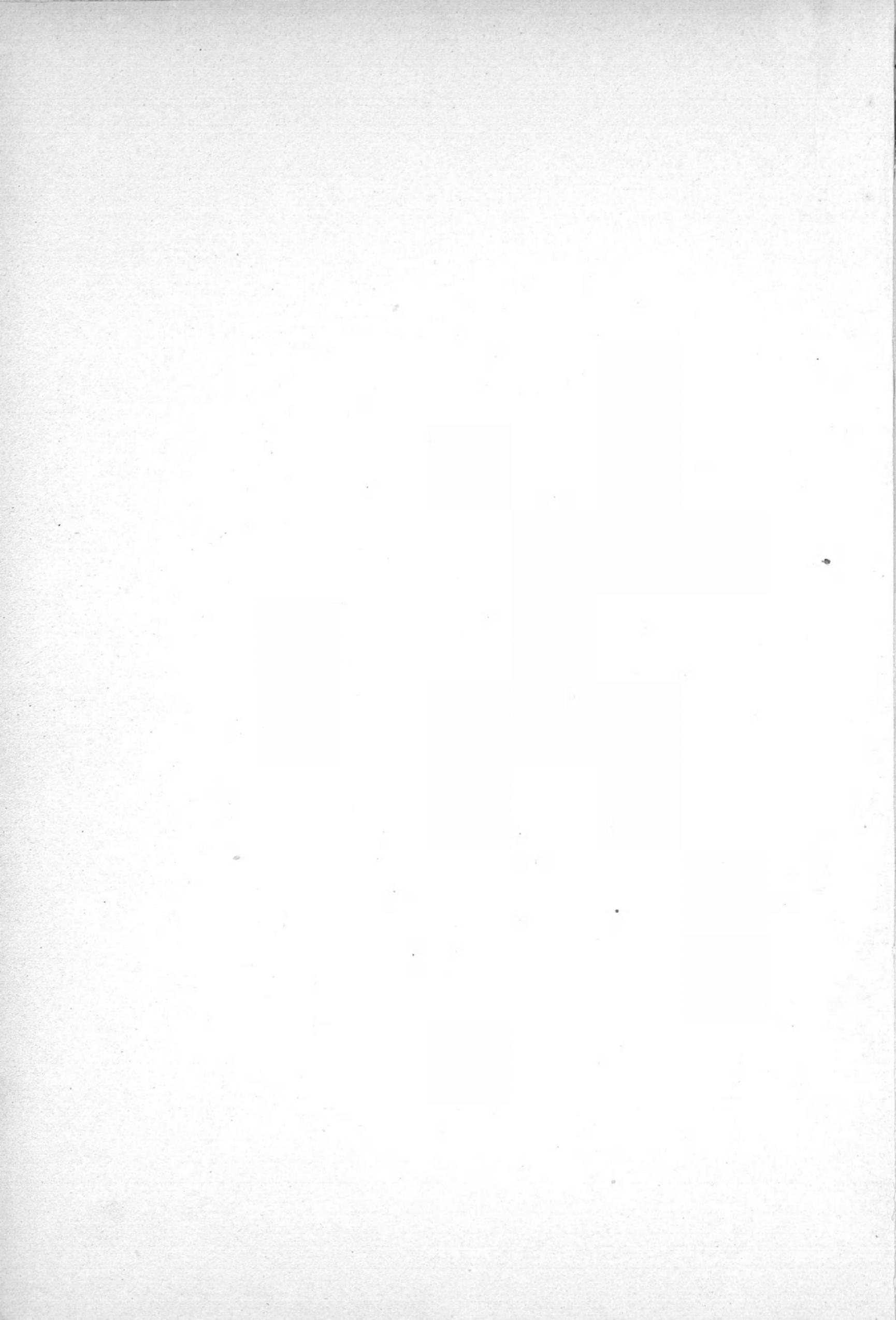
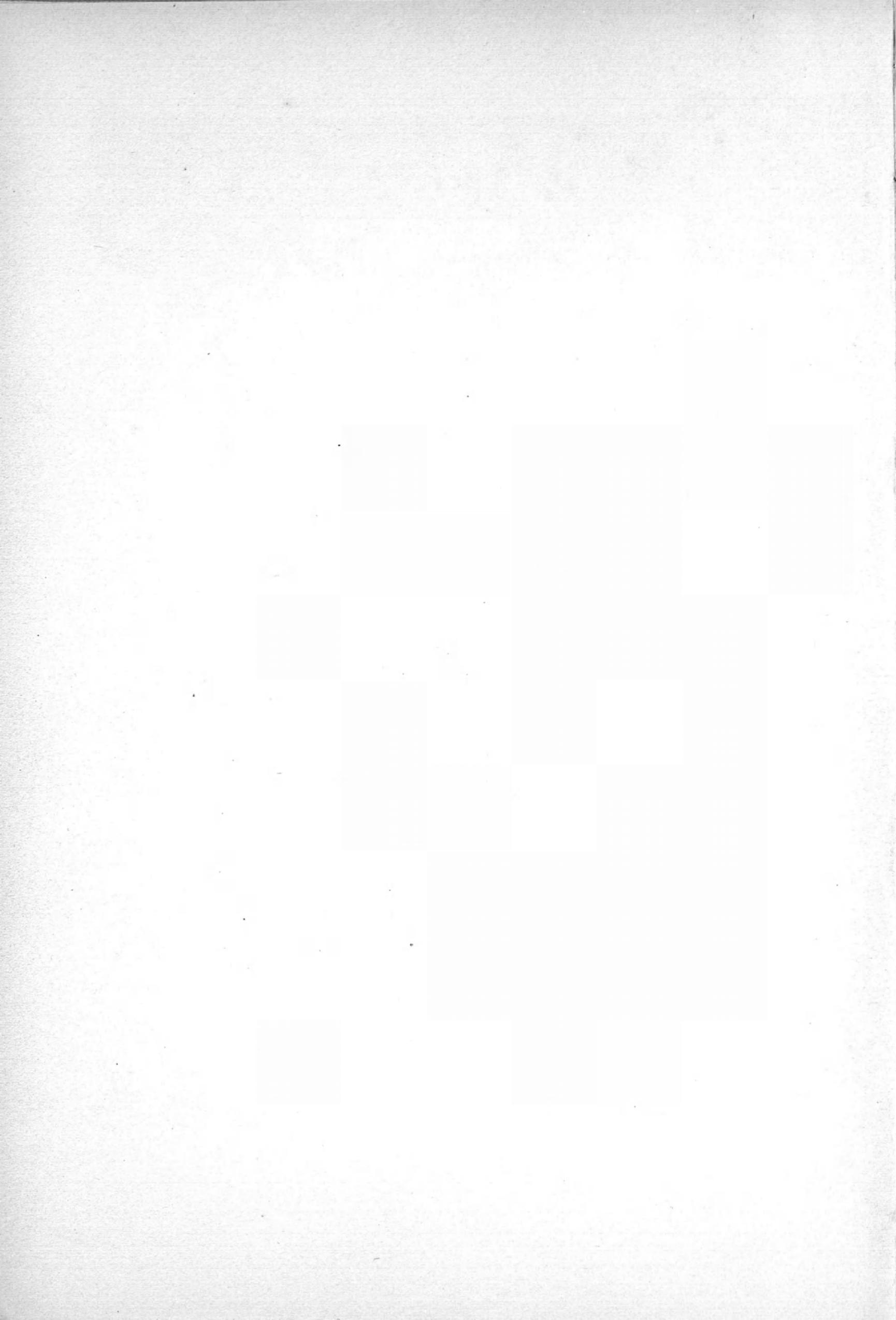


E. Y. P. LIBROS  
ARTISTAS Y MUSEOS  
Acad. No. 53,077  
1914-12 1000 Hueso







**A**

**LA MARCHA QUE**



**ARA**

**1895**

Precio: 50 cénts.



## GALANTERÍA FIN DE SIGLO... PASADO (POR M. ALONSO).



## ¡¡ Ya está ahí!!

MARTE y en martes! Ya encima el neblado se nos viene, con un dios todo amenazas y en día todo reverses.

No llega de punta en blanco; de punta en negro aparece el dios del lanzón en ristre, dispuesto á romper broqueles

No tienen muchos á Júpiter por padre del mozo terne, y del soldadote á Juno por única autora tienen.

Vaya usted á saber en eso lo que de verdad hubiere, cuando la moral olímpica anda en dimes y diretes.

Zarzuellilla es Marte acaso, de esas que por padres venden, la música cnatro ó cinco y el libreto seis ó siete.

De muchos hijo, ó de nadie, nos grita: «Agárrense ustedes, que allá voy por todo un año á ejercer de Presidente».

Y, con cartera de Guerra, el dios á pólvora huele, y llega soberbio en hombros de chinos y japoneses;

dispuesto á que haya camorras, ganoso de armar belenes, con ojos de turba-paces, con gesto de *casus belli*.

Campo de Agramante el mundo, que nos pese ó no nos pese, será el más chico el más blando y el más grande el que más pegue.

De armonías conyugales no habrá nota que bien suene; hofetada será el beso y la caricia cachete;

y nos hablará la prensa, desde el sábado hasta el viernes, de las señoras que matan y los maridos que hieren.

Harán, en campo político, arder el pelo á las gentes sesiones rompe-cabezas, discursos tumba-paredes.

Habrán en las lidias de toros quien su sangre menosprecie, y bruto que á tiros mate el toro del aguardiente.

Autor habrá en el teatro que á Marte deba el trimestre, triunfando con batallones ya que no con su caletre.

En guardia se pongan todos; «¡firmes!» ¡¡dos pasos al frente!; pero nada de saludos al que á sablazos da leyes.

El destino nos le impone, Marte habrá los doce meses; mas yo estaré todo el año con ansias de que reviente.

Eduardo Bustillo.

## Modus vivendi.

## I

Á los dos años de casado, Juan Pobrete estaba convencido de que no podía ser feliz con su esposa. Una vez más quedaba demostrado que en la época del noviazgo todo es puro fingimiento por ambas partes, y que marido y mujer no se conocen hasta que viven juntos.

Mercedes era bonita, de buen cuerpo y muy graciosa; tenía los ojos expresivos, el hablar saladísimo, y superficialmente tratada parecía dócil y complaciente; pero sus condiciones morales distaban mucho de valer lo que sus atractivos físicos. Los primeros meses de matrimonio fueron para Pobrete extraño conjunto de encantos y decepciones. No puede explicarse esto sino diciendo que la luna de miel le dejó el cuerpo falto de vigor y el pensamiento vacío de ilusiones. Durante un rato Mercedes era una alhaja; mas para vivir á su lado hacía falta estar hecho á prueba de desengaños; tenía el carácter duro, el genio áspero, la condición arisca. Pasadas ciertas expansiones en que la ternura depende del temperamento, no había que esperar de ella cariño, afabilidad ni mansedumbre. Además, no le gustaba la casa: siempre estaba—según decía su marido—*recogida en mitad de la calle*.

Nacieron de este matrimonio dos gemelas, Luisa y Angelina, de regular figura, pero tan caprichosas, antojadizas y exigentes, que, llegadas á los diez y seis abriles, tuvo Pobrete que encogerse de hombros, dejando que su esposa las educase, ó, mejor dicho, que les permitiera hacer cuanto quisiesen; y como entre la madre y las hijas existía gran analogía de gustos é inclinaciones, la trinidad que formaron se convirtió pronto en intolerable tiranía. Mercedes, refractaria á todo lo que representa vida de hogar y de familia, utilizó á las niñas como pretexto para vivir á su gusto, y ellas, amparadas por la mamá, prescindieron en absoluto del padre. Podían enojarse y hasta refir discutir galas y adornos; ambas hermanas, y cualquiera de ellas con la madre, disputaban agriamente por el color de una cinta ó el sitio de un adorno, mas en cuanto Pobrete abría la boca, las tres se ponían de acuerdo para imponerle su voluntad como partidos que se unen contra enemigo extranjero.

Pobrete era de gustos sencillos: la ropa interior había de ser buena; la forma del sombrero y el corte de la levita le importaban poco; prefería comer bien á vestir de moda: ellas, por el contrario, usaban camisa burda y medias de á peseta con tal de ahorrar para cualquier perifoneo que se viese, y voluntariamente se condenaban á garbanzo perpetuo, gastando en telas y adornos cuanto economizaban en el gasto diario de la plaza.

Su pasión dominante era la *sociabilidad*. Así llamaban las tres al conjunto de diez ó doce familias cursis, roídas de quieros y no puedo, á cuyas reuniones y tertulias asistían ridículamente compuestas y aderezadas con trajes cien veces reformados, porque, á pesar de privaciones en la mesa y prodigios en el cuarto de costura, no daban para grandes lujos las cinco mil pesetas, con descuento, que Pobrete tenía de sueldo. Este incesante trabajo modesto, que al principio de cada estación tomaba caracteres alarmantes, era lo único que las retenía algún tiempo en casa: como no estuviesen cortando ó cosiéndose algo, parecía que las paredes les arrojaban fuera. La casa era para ellas el cuarto de labor, y en saliendo de allí, la calle les atraía con fuerza irresistible. Por la mañana misa y tiendas, pues aunque no la oyese ni tuviera cosa que comprar, nadie les quitaba salir armadas de voluminosos devocionarios... á mirarse en los escaparates: entre tanto, Pobrete almorzaba solo algo que costase barato; cuando se había marchado á la oficina, triste y mal alimentado, volvían ellas, y á sopa de ajo y huevo frito por cabeza quedaban satisfechas: si el tiempo era apacible, á media tarde de paseo, después visitas dando rodeos y vueltas para lucirse por donde más gente hubiese: la comida un relámpago, y apenas apaciguada el hambre con engaños, otra vez á vestirse para figurar dignamente en aquellas salas cursis y gabinetes ramplones con que perpetuamente soñaban, imaginando reinar en ellos como grandes damas en palacios y embajadas.

Pobrete no les acompañaba nunca. Su único rasgo de independencia consistió en negarse á que le zaraudases de tertulia en tertulia, y ellas le dejaron en paz, temerosas de que el coste de un frac ó unos zapatos de charol mermase el presupuesto de sus galas.

Luego que se iban, el infeliz quedaba—según las tres decían entre avaras y burlonas—gastando petróleo: primero jugaba al dominó con un vecino, luego hacía media docena de solitarios, y por último leía folletines espeluznantes y causas célebres, pues, por extraña contradicción, aquel hombre, tan condescendiente, apocado y débil, no gozaba más que con el relato de cosas españolas.

Mercedes, Luisa y Angelina, rendidas de bailar, ebrias de adu-

ladores galanteos, y algunas veces, aunque pocas, hartas de pastas y flambres, volvían casi demadrugada, metiéndose en la cama sin cuidarse de él para nada. Por más que le oyese toser ó vieran luz en su cuarto, ninguna se acercaba á la puerta para preguntarle lo que le sucedía ó deseaba. La diferencia de caracteres, sentimientos é inclinaciones que existían entre aquellas tres mujeres y aquel hombre era tan honda, que, aunque legal y socialmente constituyeran familia, en realidad su agrupación no merecía tal nombre; de una parte todo era bondad y paciencia, de otra todo indiferencia y egoísmo. Pobrete se daba por contento con no tener *jaleos*: así llamaba él á las peloteras y disputas en que madre ó hijas se confabulaban para quitarle la razón, chillar y atormentarle, exigiendo más de lo que debía darles, hasta imponerse humillándole. Cuando se hartaba de oír injusticias á su esposa y faltas de respeto á sus hijas, se iba á la calle dejándolas vociferar de lo lindo, y aun de tarde en tarde llegaba su valor hasta el punto de comer ó almorzar en un café; pero de tan buena pasta era que, cuando tal hacía, luego, sin darse cuenta de ello, solía privarse de algo que le gustase mucho para que ellas no careciesen de lo que habían pedido.

Decían algunas gentes que la debilidad y apocamiento de Pobrete estaban fundados en el amor que profesaba á su mujer, y se engañaban.

La quiso como un loco, primero de novio, luego durante aquella luna de miel que le dejó tan sin fuerzas; pero la desordenada afición de Mercedes á engalanarse y vivir fuera de casa, aquella manía de adornarse, no para él, sino por mera vanidad, y sobre todo la viciosa educación que dió á las chicas, consintiendo toda frivolidad y despego, le fueron secando el corazón tan apriesa que, no sólo la madre, sino también las hijas, llegaron á serle indiferentes.

Cuando alguna se ponía mala experimentaba una sensación, mezcla de pena é interés, que parecía un renacimiento de cariño, mas ellas con cualquier respuesta desabrida ó con un arranque de cruel egoísmo le volvían á la realidad. Además, fuese por amarga reflexión ó frialdad ingénita, luego que dejó de estimar á Mercedes, dejó de desearla: vivía á su lado tristemente cansado de ella, y aquellos ojos en otro tiempo tan parleros, aquel cuerpo antes tan provocativo, no le decían nada. Caso raro en los hombres: la falta de estimación había matado á la sensualidad. Ni siquiera sentía esos celos vulgares que inspiran el amor propio herido y el temor al ridículo. Su mujer iba donde quería sin que jamás él pidiese cuenta del tiempo que tardaba; y esta indiferencia, este desvío, tenían en sus labios una fórmula que oída no significaba nada y comprendida era tristísima.

Cuando pasaban algunas horas sin verse y Pobrete la encontraba en una habitación ó un pasillo, le decía casi maquinalmente:

—¡Calla!... ¿Estabas ahí?

Con las chicas poco menos: como jamás le hicieran mimos ni halagos, se acostumbró á verlas, primero sin gusto, luego sin cariño, y llegaron á parecerle la doble y desagradable imagen de su madre.

## II

Por muerte de un pariente lejano, cuando menos lo esperaba, heredó Mercedes unos cuantos miles de reales, y, según era de prever, en vez de aplicarlos á cosa de mayor utilidad, comenzó á gastar en trajes y moños, sin consultar para nada á su esposo y sin que él se permitiera la menor observación. Pero las cuentas modestas comenzaron á llover con tal fuerza, que Mercedes se amilanó, y para sacar más jugo al dinero, buscó una costurera que trabajase en casa, á su vista.

Dos tomó sucesivamente á prueba y tuvo que despedirlas por inútiles; en cambio la tercera salió una alhaja: tal era su maña para copiar modelos é inspirarse en figurines; tanta habilidad demostraba esgrimiendo la tijera, sacando patrones y manejando la aguja; su gusto y su inventiva eran tan extraordinarios que cada reforma y cada arreglo que hacía significaba una economía grandísima y un trinado sobre amigas y conocidas. Nunca habían ido tan elegantes. Tan útil era Julia, que Mercedes, tras largos conciliabulos con sus hijas, temerosa de que en otra parte le ofrecieran más jornal, se brindó á darle cuarto y comida, sujetándola á fuerza de ofrecimientos y ventajas. Convinieron así sin grandes dificultades, y Pobrete supo luego que cuando lo de la herencia se agotara, tendría que alimentar una persona más.

Su mujer y sus hijas no sabían, entre tanto, cómo halagar á la costurera. Julia, Julieta ó Julita—pues jugaban casti-

## EL MÉTODO BROWN SEQUARD EN TIEMPO DE EPAMINONDAS

(POR M. GONZÁLEZ)



1



;2;



;:;3!!!

mente con su nombre— les tenía sorbido el seso. Pobrete lo presenciaba todo mudo, recomiendo de ira, pero aterrado ante la idea de armar un jaleo gordo para ceder luego y quedar derrotado, según costumbre.

Mas como la vida está preñada de lo imprevisto, la primera impresión que Julia le produjo se modificó notablemente y en muy poco tiempo. Aquella mujer, tenida por costosa y ocasionadora de gastos, que debió de serle profundamente antipática, empezó á ganarle la voluntad. ¿Hubo por parte de ella cálculo y malicia? ¿Lo hizo todo la fuerza de las circunstancias?

Julia le trataba con respeto, tenía exquisito tacto para no proferir frase que la convirtiera en cómplice del desabrimiento de la madre ó el despego de las hijas; las cosas han de hacerse á gusto del papá—decía para que él la oyese,—y por último comenzó á cantarle seriamente cuando, al marcharse ellas por las noches se quedaban solas. En menos de una semana, hurtando ratos á otras labores y al sueño, le arregló varias prendas de ropa, le puso tapa de cuello á un gabán y forros á una americana. Como otras seducen con las miradas, Julia le atrajo cosiendo: la fascinación llegó al colmo viéndola convertir en bocamangas de levita parte de un retal de seda que ellas tenían destinado á otros usos. La impunidad era segura, porque como ni la madre ni las chicas tocaban nunca una prenda de Pobrete, no habian de saberlo; de modo que aquel pequeño hurto tenía algo de burla, lo cual le regocijaba mucho.

Estaban los dos en el comedor, para no hacer gasto doble de luz, ella cosiendo, él leyendo y mirándola con el rabillo del ojo. La lámpara iluminaba de lleno el rostro de Julia. ¿Qué edad tendría? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? ¿Cuarenta? ¿Acaso más? Poco importaba. El corte de cara era gracioso, los ojos vivos, la boca fresca, el seno y talle no mal formados; tenía las manos muy limpias, las uñas bien cuidadas y en la nuca unos ricitos rubios y deshechos que parecían sedas de oro...

Pobrete la contemplaba embobado dar puntadas, experimentando una sensación imposible de definir, en la cual había impulsos pecaminosos y placer inocente. La verdad era que nunca vió á su mujer ni á sus hijas trabajar así para él. ¡Y con qué dulce y tentador movimiento se alzaba y deprimía al respirar el pecho de Julia!

Cuando al acabar la segunda bocamanga la estiró cuidadosamente, dejando la levita sobre el respaldo de una silla, Pobrete no pudo más; y acercándose á la costurera, le cogió por la espalda ambos brazos, oprimiéndoselos dulcemente y exclamando entrecido:

—¡Gracias, Julia! ¡Es usted un ángel! ¡Un ángel arrebatador! Ella se estremeció sin protestar por la caricia, echó hacia atrás la cabeza y dejó caer con deliciosa languidez los párpados.

Aquella vez no pasó más; pero á las dos ó tres noches las niñas y su madre se fueron como de costumbre, la criada tuvo, por orden de Pobrete, que hacer un recado al otro extremo de Madrid, el amo y la costurera se quedaron solos... y sucedieron cosas muy graves.

Cerca de medio año transcurrió sin que Mercedes ni sus hijas notasen nada. Con Julia cada día estaban más contentas, y Pobrete también. Por mañana y tarde costaba para ellas; por las noches, cuando salían, la criada pedía permiso para bajar á hablar con el novio y el amo no lo negaba. Pobrete iba más limpio y cuidado de ropa que había estado nunca, echó buen humor y se le quitó aquella tristeza pasada que sintiera por el desvío de su familia. Sus únicas amarguras consistían en la dificultad con que tropezaba para dar á su amada de tarde en tarde algún dinero, mas aun esto era cosa de poca monta porque Julia no era exigente.

Así estaban las cosas, cuando una noche la hija mayor se puso mala en una tertulia; hubo que meterla en un coche y llevarla á

## SANOS CONSEJOS

(POR C. PEA)



—¿Qué habla con la otra? ¡Y qué! ¿No ves tú, chiquiyya, que es pa darté achares, y pa que le quieras, y pa que te repudris? ¡Pos anda y busca tú otro pa pagarle en la misma monea y pa que se lo veven los demonios!

casa. No habian dado las doce: la puerta de la calle estaba abierta, y la criada despidiéndose del novio en el portal. Al ver á sus amas dejó al mozo con la palabra en la boca, y juntas subieron la escalera las señoritas y la chica. Metió ésta el picaporte en la cerradura, entraron todas, tiróse sobre un sofá la que venia indispueta, fué su madre al comedor para buscar en la alacena un remedio, y al pasar junto al cuarto de Julia sintió algo sospechoso, se detuvo un instante, aguzó el oído, cegó de cólera y, dando un empellón á la puerta, se enteró de todo.

Los insultos que salieron de sus labios no estarían bien en letras de molde. Pobrete y Julia quedaron mudos de espanto. Luego Mercedes encerró en su cuarto á las niñas, volvió al de Julia y siguió poniendo verde á la pareja culpable, con tales frases y tan destempladas voces, que el encierro de las señoritas resultó inútil, porque se enteraron de todo.

Miráronse entonces aterradas la indispueta y la sana, y atendiendo á lo que más les importaba, tuvieron el horrible presentimiento de quedarse sin costurera.

—¡Adiós mi dinero!—exclamó Luisa, curada de pronto.

—¿Apuestas algo á que la despide?—dijo Angelina.

No se equivocaron. Mercedes no experimentó los celos legítimos de la esposa cariñosa y ultrajada; pero fué tanto lo que sufrió su amor propio con aquella insurrección marital, que, sin discurrir lo que sus hijas, poco después de amanecer arrojó á Julia de su casa, y á punto estuvo de morder y arañar como una leona al atribulado Pobrete. Lo más que consiguieron de ella las niñas fué que no gritase para evitar escándalo. Luego se encerró con su marido, y la mejor palabra fué ¡cochino!

Julia salió en busca de un mozo que le llevase el baúl y partió avergonzada á refugiarse en casa de unas amigas.

Las dos hermanas entraron en el cuarto de costura casi llorando de pena, y Angelina, cogiendo de sobre el tablero de labor un trozo de paño, dijo con tristeza:

—¡Mira!... ¡Y los abrigos azules á medio cortar!

## III

Mercedes estuvo dos meses sin dirigir la palabra á su marido; las niñas no pronunciaron una sola frase en apoyo de lo que hizo su madre, y Pobrete, en un principio medio difunto de terror, se rehizo pronto, comenzó á salir por las noches y reanudó tranquilamente el idilio costurero que, además de otras dulzuras, le ofrecía el encanto de la más sabrosa venganza por la pasada tiranía.

Todo esto fué por octubre. La casa recobró cierta tranquilidad, mas parecía que poco á poco iba invadiéndola una nube de tristeza: con Julia salieron de allí el contento y la alegría. En enero Mercedes pasó dos ó tres rabietas al tener que pagar cuentas de modistas; los abrigos azules de las niñas salieron tan mal que no pudieron usarlos, y Pobrete, á fuerza de ir todas las noches á casa de Julia y, lo que era peor, volver de allí acalorado,

cogió un catarro de tos casi perruna que le obligó á guardar cama.

El primer día lo pasó en ella resignado; el segundo procuró dormir para matar el tiempo; al tercero comenzó á refunfuñar y luego se calló, permaneciendo sin hablar ratos muy largos, frunciendo el entrecejo y la mirada torva; otras veces movía débilmente los labios, como si estuviera ensayando modo de atreverse á decir algo muy grave. Bastaba mirarle para comprender que bajo aquel silencio fermentaba una resolución temible. Mercedes, Luisa y Angelina no hacían caso de él.

La gota que colmó el vaso de su paciencia fué darle Luisa una taza de tisana sin azúcar. Llamó, esperó, volvió á llamar, no acudió nadie, gritó en balde, y considerándose harto de razón, rompió por todo. Sin embargo, dos días estuvo aún en la cama sufriendo contra el catarro y haciendo coraje, y tanto hizo que se portó como un valiente.

El primer día que pudo levantarse sacó fuerzas de flaqueza; dolido por la indiferencia de las hijas, exasperado por la privación de ver á Julia y rabioso por las burlas de Mercedes, llamó á ésta, se encerró con ella, y después de echarle en cara su frialdad, su egoísmo, la mala educación que dió á las niñas, su desamor á la casa y cuantas decepciones le había causado en la vida, acabó diciendo con la brutal energía de quien aguanta mucho y se desahoga de una vez:

—¡Hasta aquí hemos llegado! ¡Desde hoy mando yo!

—¡Qué es esto?—replicó ella estupefacta.

—¡Lo dicho! ¡Que ahora yo soy el amo! ¡Que se acabaron las visitas, los callejeos, las modas, los gastos, las tertulias y los bailes! ¡Y de aquí no sale sin mi permiso á la calle ni un ratón, ni se compra una hilacha!

—Pero... ¿estás loco?

Lo que estaba Pobrete era como transfigurado. El siervo se había convertido en señor.

—¡Lo veremos!—se atrevió á decir la espantada Mercedes.

Aquella misma tarde, creyendo intimidarle con un rasgo de energía, mandó á las pollitas que se vistiesen, emperejilóse ella también y juntas las tres se dirigieron á la puerta de la escalera. Al pasar junto al cuarto de su marido, la brava esposa dijo en tono de chunga: —Hasta luego, monin.

Lo que sucedió en seguida fué trágico.

Pobrete salió como un rayo: embravecido al verlas desobedientes, engalanadas y burlonas, se arrojó sobre ellas, repartió media docena de cachetes, no muy fuertes, pero en extremo humillantes, y luego, arrancándoles de las asustadas cabezas los complicados sombreros, desahogó en ellos su furor haciéndolos trizas y dejando la estera sembrada de cintas, plumas, flores de trapo, cuentas de azabache y lentejuelas de acero. ¡No causa más terror al turbulento populacho la aparición de un tirano que produjo en aquellas necias la ira de Pobrete!

Recogieron llorando cada cual á su rincón, y allí fué el lamentarse, el dolerse, el rugir de ira sofocada, y sobre todo el procurar componer los desbaratados sombreretes. Ni en el diccionario de la Academia ni en el vocabulario que empleó el gran Lope de Vega hay palabras para expresar lo que sufrieron aquellas desdichadas. El dolor de las Niobes fué un disgustillo comparado con el suyo.

Entre tanto, al acercarse Carnaval, las de Pérez Quidam anunciaron que recibirían en vez de una dos veces por semana; las de Tapadillo daban por la tarde té con pastas, y la condesa de Lecho Franco, título papalino, pero el único título que ellas trataban, hacía grandes preparativos para un baile de trajes, cosa que nunca habían visto Luisa ni Angelina. Y los días pasaban sin que variase la actitud del enojado padre.

Por fin, al cabo de tres semanas de riguroso encierro, después de muchos diálogos y pareceres en que madre á hijas lloraron juntas, resolvieron poner término á situación tan angustiosa.

Una mañana Mercedes entró al despacho de Pobrete, armada de valor y con la mantilla puesta.

—¡Qué es esto?—gritó él fuera de sí.—¿Dónde vas?

Ella, sonriendo, aparentó calma, y abrochándose un guante, repuso casi mimosamente:

—Hijito, esto no puede seguir así. Yo no tengo cosa que ponerme. Las pobres niñas están desnuditas... las modistas resultan carísimas... En fin, que voy á casa de Julia, y aunque haya que aumentarle el jornal... que venga... y nos arregle como antes. Pobrete, armado de severa dignidad, repuso:

—¡Para eso no necesita usted salir de casa! Yo iré.

Y salió él, al parecer contento, pero á pesar de su brinno, amargada el alma, y diciendo para sus adentros con la melancolía de lo irremediable:

«¡Si Mercedes hubiera sido más amante y las chicas más carísimas!...»

Jacinto Octavio Picón.

UN ESTRENO

EN CASA!

—¡Pepita!

—¡Rosario!

—Un beso.

—Dos besos.

—Vengo á convidarte para ir al estreno. Tenemos un palco.

—¿Qué palco?

—Entrepuerto.

—¡Al teatro y contigo!

¡Qué feliz me has hecho!

—Te espero.

—No faltó.

—Adiós.

—Hasta luego.

—¡Pepita!

—¡Rosario!

—¡Un beso!

¡Dos besos!

EN EL PALCO

—¡Qué hermoso teatro!

—¡Qué público!

—¡Lleno!

—¡Te gusta aquel traje?

—¡Me encanta ese negro!

—¡Y el verde!

—¡Y el rosa!

—¡Qué lindo sombrero!

Tiene mucha gracia

y chic.

—No lo niego.

Mas yo le pondría

otra pluma en medio.

—Se íten. ¿Qué han dicho?

—No sé. No me entero.

—Allí está Martínez.

Ya me está diciendo

que me quiere mucho.

Hablamos por gestos.

Se toca la barba;

es decir, te quiero.

Ahora está enfadado,

pues saca el pañuelo.

—¡Y ahora qué te dice

chupándose el dedo!

—Ahora nada.

—Sí, hija.

Te dice que es memo.

—Decididamente

me gusta el sombrero.

—Sí, sí, mas le falta

una pluma en medio.

—Aplauden. ¿Qué han dicho?

—Nada, que es un éxito.

EN EL VESTIBULO

—¡Pepita!

—¡Rosario!

—¡Martínez!

—¡Pacheco!

—¡Qué comedia, qué obra!

—¡Qué interés, qué nuevo!

—¡Y cómo se peina

María Guerrero!

—¡Qué pluma! ¡No hay otra!

—No estamos de acuerdo.

Le falta otra pluma

para ser completo.

—Hay que separarse.

—¿Cuándo nos veremos?

—En cuanto se estrene

algo.

—Por supuesto.

—¿Cuántas emociones

hay en un estreno!

—Adiós.

—Que descanses.

—Un beso.

—Dos besos.

Miguel Echegaray.

Al-Butilufa.

(POR APPELES MESTRES)



Ya cerrada la noche llega Al-Butilufa á un oasis, extenuado de fatiga; bendice á Al-lah y echa su sueñecito al pie de una palmera.



Con el primer rayo del sol abre Al-Butilufa los ojos, y después de bendecir á Al-lah, se desprepeza pensando en la pierna de guacela que se comería si la tuviera.



«¿Qué es esto?...»



¡Por las zapatillas de Mahoma! Ha pasado la noche junto á un león que se habría quedado dormido á mitad de la cena.



«Buen chasco vas á llevarte en cuanto se te quite el sueño!»



Y muy bonitamente lo ata por el rabo al tronco de la palmera.



El león se despierta y, sin bendecir á Al-lah, se dice con fruición: «Huéleme que el almuerzo de hoy va á ser más exquisito que la cena de anoche».



Y hé aquí cómo cierta mañana, y en pleno desierto, almorzó opiparamente, después de bendecir á Al-lah, el moro Ali-Butilufa.

### Solicitud.

Ilustre gobernador:  
Hágame usted el favor de pasarse alguna vez por esta calle del Pez, de la que soy morador.

Ya no hay vecino seguro, y al retirarme á mi casa me veo en mas de un apuro, pues lo que de noche pasa, pasa de castaño oscuro.

Soy honesto y vergonzoso y á la tentación escapo; pero es, señor, peligroso el que una me llame *guapo* y otra me llame *gracioso*.

Aunque yo no me lo creo, llamarme hermoso está feo, y me sabe mal que así, echándome un chicolco, quieran abusar de mí.

¿No hay una ley especial que, en gracia de la moral, prohíba hasta ciertas horas que salgan *ciertas señoras* por la culla capital?

Pues, ¿por qué en cuanto oscurece asoma una *turba impta* que torpe beldad ofrece, y cada esquina parece portal de una mancebfa?

Hoy, que el más sencillo goce, se vigila y se coarta, y aunque la empresa solloce se la multa si *la cuarta no se ha empezado á las doce*; hoy, que al juego, vicio eterno, por fortuna perseguís, y con risas del infierno no *juega* más que el gobierno con este pobre país;

hoy, que, por desgracia mía, no se fuma en el tranvía, ¡moralidad de una vez y un poco de policía por esta calle del Pez! ¡El cruzarla mete miedo, y yo en casita me quedo, pues, como no salga en coche, salir de casa no puedo á las ocho de la noche!

No soy un José impecable, y si me coge una *hermosa* la capa, el caso es dudable, y usted será responsable si me pasa alguna cosa.

Ilustre gobernador, corrija el mal denunciado, ¡se lo pido por favor, como padre, como autor y como vecino honradol

José Jackson Veyán.

### Martes, día aciágo.

- El peor día del mes es el martes 13.
- Y que lo diga usted: ¡Le tengo una rabia!
- A mí todas mis desgracias me sucedieron en martes.

—¡Naturalmente! Como que es un día infauto.  
 —Yo he sido desgraciadísimo.  
 —¡Y yo!... ¡Si le contara á usted algo de mi historial...  
 —Cuéntela usted, D. Agapito —dijeron á dúo los escribientes.  
 —¿Qué hora es? —preguntó D. Agapito.  
 —Las dos y media.  
 —Bueno; pues yo no trabajo más. Estoy aquí desde las dos y cuarto dándole á la pluma.  
 —¿Y si el ministro pide el expediente?  
 —Que lo pida... Como íbamos diciendo, los martes son aciagos y yo tengo pruebas para decirlo. (*Bajando la voz.*) Dejen ustedes que se vaya el portero; no me gusta que conozcan mi historia las personas de escalera abajo... (*Pausas.*)  
 El portero se pone á atizar la lumbre de la estufa; después coloca en una bandeja dos vasos que hay sobre un pupitre; pasea su mirada de loro por el negociado por si hace falta alguna cosa, y se retira majestuosamente por la derecha.  
 Solos ya los empleados, D. Agapito reanuda su relación y dice:  
 —De todos los días verdaderamente graves de mi vida, recuerdo uno que ha quedado grabado por siempre en mi memoria.

—Hable usted.  
 —Me levanté á las ocho; pedí el desayuno y la criada me trajo el chocolate; fui á apurarlo de un sorbo y me quedé inmóvil, con la boca abierta, los brazos extendidos y los ojos revueltos. Me había tragado con el chocolate un objeto duro, que, atravesándose en la garganta, me impedía respirar. «¡Socorro, que se ahoga el señorito!» gritó la doméstica. Yo no podía articular una sola palabra; lo único que hacía era agarrarme á la cómoda, buscando un punto de apoyo para ver de tragar el objeto desconocido.

Acudió la dueña de la casa, que era una patrona modelo; y detrás de la patrona dos huéspedes vizcaínos, que comenzaron á lamentarse en vascuence; y uno me metió los dedos en la boca y otro fué por un bastón y trató de introducirme por el esófago. Todo era inútil; hasta que, después de muchos esfuerzos por mi parte, pude arrojar aquel cuerpo extraño.

—¿Y qué era? —preguntó uno de los escribientes con curiosidad.

—La tapa de la maquinilla del espíritu de vino. La patrona me obligó á que me gargarizara con agua y vinagre, porque se me había quedado la garganta hecha una carnicería, y después de dos horas de reposo, salí á la calle. ¡Nunca hubiera salido! Junto al escaparate de una tienda de comestibles, una mujer y un hombre disputaban acaloradamente. «¡Eres un pillo!» decía ella. «¡Y tú una loca!» contestaba él. «¡Tunante!» «¡Morcón!» «¡Mala persona!» «¡Fea!» Yo, tratando de poner paz, me interpusé entre los combatientes, y entonces él, tomándose por el amante de aquella arpía, me cogió por debajo de los brazos y ¡pum! me introdujo

por el escaparate de la tienda de ultramarinos, haciéndome romper el cristal con la cabeza. Cuando fueron á levantarme, me hallaba de bruces sobre medio barril de manteca imitada de Asturias, y había metido un pie en la zafra del aceite y otro en el frasco de los pepinillos en vinagre. De desperfectos solamente tuve que pagar cuarenta y cinco pesetas y además el dependiente mayor, cogiéndome por el pescuezo, trató de estrangularme dos veces contra la suaqueloría.

De allí salí hecho una lástima, y quise desahogar mi amargura en el seno de una tía, habitante en la plazuela de Afogados. Subí los escalones apoyándome en el hijo de la portera, que me conocía y me estimaba, y llamé en casa de mi tía. «¿Quién?» preguntaron desde adentro. «Soy yo, Agapito», dije con voz doliente. Abrióse la puerta; penetré en la sala y retrocedí asombrado. Sobre una estera de cordelillo á listas negras y azules, hallábase tumbada mi pobre tía. «¿Qué es esto?» preguntó. «Pues nada, que se murió», dijo la criada. «¿Y cómo?» «Por falta de salud. Estaba peinando tan ricamente, y de pronto se tiró en la estera y se puso á dar las boqueadas.» En efecto, mi pobre tía aprisionaba con la mano derecha un peine de asta. «¡Si éste es su peine», grité yo, presa de una convulsión nerviosa.

Entre la portera y el hijo me llevaron á la casa de socorro. Allí me tumbaron sobre una cama, y dos minutos después el médico, confundido con un beodo, aplicaba á mis narices el frasco del amoníaco. Cuando volví á la razón díjome un mozo del benéfico establecimiento: «Paece mentira que use usted chistera y coja estas papalinas. ¡Eh, largo de aquí, so borracho!»

Bajé los escalones sin poder coordinar mis ideas y me dirigí á mi casa. ¡Qué día más aciago! Sobre la mesa de mi alcoba había un pliego dirigido á mi nombre. «¿Quién trajo esto?» pregunté. «Uno», me contestaron. Rompí el sobre. El pliego encerraba mi cesantía.

—¿Qué atrocidad! —dijo un escribiente.  
 —Aquella noche —continuó D. Agapito— la patrona me echó de casa, un perro de un vecino me mordió en una pautorrilla, se me cayó un diente de abajo, un mozo de cordel me tropezó con un baúl, y por último, dos guardias me llevaron á la prevención, confundido con un revolucionario que había venido de París metido en una maleta, con papeles de Ruiz Zorrilla...

—¿Qué cúmulo de desgracias! —exclamó el escribiente.  
 —¡Vaya un día! —dijo el otro.  
 —¿Y era martes, por supuesto?  
 —No —repuso D. Agapito con toda tranquilidad. — Era domingo de Pascua de Resurrección.

Luis Escada.



—Diga usted, buena moza, ¿sabe usted si habrá por aquí conejos?  
 —¡Vaya, que pregunta el señor unas cosas!...

## SOBRE EL HONOR

—Supongamos que ves y que sorprendes á la Julia con otro de tu seso hablando de sus cosas en tu propio domicilio social, es un ejemplo, y que tú eres un hombre con vergüenza, probidaz, amor propio y lao izquierdo: ¿qué es lo que haces entonces, Severiano, si ves que te hallan el hogar doméstico? —Enfadarme.

—¡Pa chasco que empezaras á bailar la cachucha ú el bolero al verte difamao!

—Es que no dejas que acabe de omitir mi pensamiento. Digo que me enfadaba y en seguida llamaba á la pareja, con objeto de cortarles la acción, y de que vieran que este cura en jamás se mama el dedo.

—¿Y qué ibas á sacar en consecuencia obrando de ese modo?

—Lo primero ponerlos en ridículo delante de personas extrañas, Eluterio, y además, evitar el que la Julia me ensuciara otra vez el nombre.

—Y luego dar pie para que cuatro sinvergüenzas, de esos que gozan con el mal ajeno, además de llamarte Severiano te añadieran un mote de mal género, y para que después, al ver la Julia tu falta de carácter y de seso, continuara poniéndote hecho un asco el nombre y el honor.

—¡Anda salero! ¿Pues qué habla de hacer? ¿iba á matarla? —Eso es lo natural y lo derecho, que pa limpiar la honra, si está sucia, no hay mejor quitamanchas que el acero! —Es cuestión de carácter.

—¡De carácter! Es cuestión de carácter y de...

—Bueno, ¿pa qué vamos á entrar en discusiones? Si tú lo ves así, yo no lo veo.

—Pues no tienes vergüenza ni decoro, ni eres hombre ni vales cinco céntimos. —¡Cuidao con lo que dices!

—Lo que he dicho te lo repito en cualesquier terreno.

—¡Hombre, bien! ¿Es decir que si uno piensa de otro modo que tú ya tiés derecho pa inferirle un insulto y provocarlo? —No señor.

—¡Pues á ver! —Es que yo aceto

que individual ú colectivamente se opine cualquier cosa con respecto á religión, ú á toros, ú á marina, ú á lo de la dixteria (vulgo el suero); pero que un hombre, al parecer, que pasa por la flor de lo guapo y de lo serio se trague ciertas cosas con paciencia y forme del honor ese concepto, rancamente, remueve, Severiano.

—¿Y qué le vas á hacer si ése es mi genio?

—¡Pero no te se sube á la garganta toda la hiel que tienes en el cuerpo, ni te se arde la cara de coraje tan solamente de pensar en ello? ¿O haa perdido la lacha en pocos días? ¿O es que no tienes sangre?

—Sí, la tengo, y me da mucha rabia porque el azto es ofensivo, antilegal y oncenno;

pero de ahí á matar á una persona como á una res vacana, por ejemplo, va mucha diferencia. Y sobre todo, ¿qué saca el hombre con quitar de enmedio á la mujer adulta?

—¡Mucho! —¡Ni agual! Lo que sacó Quintín el cerrajero, con mi hermana Cirila, que esté en gloria. —¡Pobre Quintín!

—Quintín era un sujeto guapo, como el que más, por toos estilos, y honrao, trabajador y cincusperto, sin otras afeciones que sa fragua y su mujer, que le tenía ciego, porque ya sabes tú que la quería como quieren muy pocos, Eluterio. —¡Así le dió ella el pago!

—También ella era mujer de nobles sentimientos y adoraba á Quintín, pero la pobre tuvo una mala idea y otra luego, porque aquel indecente de Romualdo (¡Dios le haiga perdonao!) la sorbió el seso, y á pesar de que en varias ocasiones como hermano la di sanos consejos y la dije: «Ya que hagas ciertas cosas, obra con seriedad y ten talento», dejó que se enterase todo el mundo, y tú ya sabes lo que vino luego. Vino que tu mujer fué con el chisme al taller de Quintín, en el momento más indicado pa que él se convenciese porque era fácil comprobar el hecho, y que entonces Quintín cogió una faca, cegao por la vergüenza y por los celos, y loco de coraje salió echando hiel por la boca y por los ojos saego, y...

—Yá sé lo demás: que al ver el pobre

su honor y su alegría por el suelo, puso en la punta de la faca su odio y los mandó abrazaos á los infiernos

—¡A traición! —¡Claro está! Pues ¿qué querías? ¿Que el hombre hubiera andao con miramientos en un caso como ése?... ¡A los cobardes se los mata á traición como á los perros! —Está bien, pero yo sigo en mis trece, ¿qué adelantó Quintín con hacer eso? Ir á presidio.

—Pero está en presidio más honrao que otros muchos que andan sueltos.

—¡Pamplina pa el canario! Esas son cosas de dramas y novelas, Eluterio, pero no de la vida. Hoy el que tiene tan siquiera un adarme de talento hace la vista gorda. Yo conozco más de cuatro individuos que lo han hecho, y puedo asegurarte que da gusto ver cómo están de gordos y de buenos. —¡Y la mancha?

—¡Qué mancha ni qué música! Tan manchao se está fuera como dentro mientras no se descubra algo más práctico que el jabón y la greda y el acero.

—Discurre poco más que una alpargata. —En cambio tú discurre algo menos. Es cuestión de carácter.

—¡De carácter! Es cuestión de carácter y de...

—Bueno, ¿pa qué vamos á entrar en discusiones? ¿Tú aplaudes á Quintín? Pues buen provecho; pero no gastes faca por si acaso... —¡Ya sé lo que he de hacer!

—Es un consejo.

J. López Silva.





## Problema irresoluble.

«Juanita no sabe servir, pero es muy lista y aprenderá pronto.»  
 —Blanca estará muy contenta con su doncella galleguita, porque dentro de dos meses le será muy útil, pero es preciso desahogarla.»

«Queda cumplido su encargo, y yo me repito su seguro servidor y capellán q. b. s. m.—Blas Padilla.»

Así terminaba la carta de recomendación con que Juanita había llegado a casa de Emilio. Porque Emilio encargó una chica a Galicia para que sirviera de doncella a su mujer.

Emilio y Blanca estaban en la luna de miel, y a Blanca, como a todas las recién casadas, le sobraban muchas horas del día y era para ella una diversión enseñar a Juanita y estudiar la sorpresa que le causaban todos los refinamientos de la civilización.

Apenas podía la chica comprender que algunas veces llegara un hombre a arreglar las uñas de las manos a su señorita, ni que todos los días viniera una mujer expresamente a peinarla; pero lo que más le asombraba era el teléfono; y al tercer ó cuarto día de estar en la casa, la sorprendió Blanca en el aparato, teniendo una trompetilla en la oreja y hablándose a sí misma con la otra.

Pero rápidamente, con esa educabilidad y esa aptitud de asimilación que tan en alto grado poseen las mujeres, Juanita vestía como las criadas de Madrid; hablaba a su señorita en tercera persona; cantaba todo lo que oía tocar en los organillos y lucía, como una pulsera de oro, esa cinta negra con que se oprimen la muñeca de la mano derecha las chicas que por planchar mucho sufren en esa parte del brazo.

Juanita había dejado en su pueblo un novio, a un novio a quien quería de todo corazón, como quieren los que no tienen otra cosa con qué ocupar su cerebro, y el novio Nicolás había prometido escribirle. Juanita esperaba con impaciencia aquella carta; pero, por su desgracia, la chica, no sabía leer y vacilaba entre el placer de recibirla y el disgusto de tenerla entre las manos, anhelando por conocer el contenido; de modo que unas veces deseaba la llegada de la carta y otras tenía miedo de recibirla.

Por fin, una tarde la señorita le dijo:  
 —Juanita, aquí tienes una carta de tu pueblo.  
 Y Juanita se puso tan encendida de vergüenza, que Blanca comprendió en el acto que era de un novio y no de la familia, pero no quiso decirle nada.

Toda la tarde y toda la noche estuvo la chica desesperada; miraba la carta; le daba vueltas, intentaba abrirla y en seguida se arrepentía. ¿Qué le diría Colás? ¿La quería mucho? ¿Le daría alguna mala noticia?

Aquello la preocupaba de tal manera que apenas pudo dormir. Bien podía y así lo comprendió, darle la carta a alguna persona que se la leyese. Pero ella no tenía confianza más que con la cocinera, y la cocinera no sabía leer.

A la mañana siguiente, Blanca le dijo:  
 —¿Qué te dicen de tu casa? ¿Están buenos?  
 Juanita no sabía mentir todavía, y como aquella pregunta la sorprendió, contestó sencillamente:

—No he leído la carta.  
 —¿Qué, no sabes leer?  
 —No, señorita.  
 —¿Por qué no te la ha leído alguna de las otras criadas?  
 —Porque me da vergüenza.  
 —¿Quieres que yo te la lea?  
 —¡Ay! ¡sí! pero ¿cómo se va a enterar la señorita de lo que me dicen?  
 —Te ofrezco que no me entero—dijo riéndose Blanca.

—Pero ¿cómo no se ha de enterar la señorita? Cuando oiga yo lo que dice, también lo oirá la señorita.

—Pues chica, eso no tiene remedio.

—Si tiene; pero me da miedo decirselo a la señorita, no se vaya a enojarse conmigo.

—No me enoja. Dímelo.

—La verdad, no; no lo digo.

—Mira, te lo mando yo.

—Pues lo diré. Si la señorita fuera tan buena de leerme la carta, para que la señorita no la oyera, le taparía yo las orejas.

Blanca se echó a reír con tanta franqueza y tanta alegría, que Juanita estaba azorada; pero después de haberse desahogado riéndose a toda su satisfacción, dijo Blanca:

—Muy bien. Haremos lo que tú dices; dame la carta; colócate detrás de la butaca y tápame los oídos.

Juanita entregó la carta. Tapó con sus dos manos los oídos de Blanca y con una fisonomía de infantil atención, como un pájaro que oye tocar un violín ó una flauta, escuchó la lectura, interrumpida a cada momento por las alegres carcajadas de la lectora.

Colás la seguía queriendo; se acordaba mucho de ella, sobre todo cada vez que miraba salir la vaca ó la burra que ella tenía costumbre de sacar al campo; le encargaba que no le olvidara; que procurara ahorrar algunos cuartos para ayuda del casamiento, y sobre todo que no dejara de contestarle.

Terminó la lectura de la carta: doblóla Blanca, y como ya Juanita le había destapado los oídos, preguntó fingiendo la más profunda ignorancia:



—¿Oíste bien?

—Sí, señorita.

—¿Y qué te dicen? ¿Están buenos?

—Están bien todos; pero me encargan que conteste.  
 —¿Y cómo vas a contestar, si no sabes escribir?  
 —Pues yo no sé qué haga.  
 —Oyeme: si quieres yo escribiré; pero has de pensar un modo de que yo no me entere de lo que escribo.  
 —¿Y cómo será eso?

—Pues así; como inventaste la manera de oír leer la carta sin que yo la oyera, y te prometo que haré lo que me digas.

—¿Qué buena es la señorita! Pues voy a pensarlo—y salió de allí contentísima, dando vueltas en la memoria a las palabras de Colás.

\*\*\*

Muchos días pasaron y mucho caviló la pobre chica; pero no ha llegado a descubrir el modo de que la señorita pueda escribirle a Colás sin enterarse de lo que ella le diga.

El General Riva Palacio.

## Exceso de finura (cuento viejo) POR MECACHIS.



—Puede usted pasar. Hable un poco alto á S. E., porque es un poco sordo.



—Tome usted asiento.  
—Con el permiso de V. E.



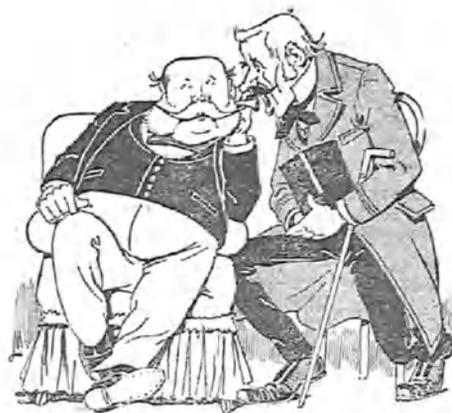
—Pues... veo con gusto que V. E. está mucho mejor de su enfermedad del oído.  
—¡Eh?



—¡Que me place en extremo el alivio de la sordera de V. E.!  
—Dispense usted, no entiendo...



—¡¡Digo que me alegro mucho de que V. E.!!!...  
—Espere usted, sin trompetilla soy hombre perdido.  
—¡Caramba! Pues me va á dar vergüenza, pero en fin...



—¡¡¡Que tengo una verdadera satisfacción al ver que casi ha desaparecido el defectillo acústico de V. E.!!!

## EN EL ÁLBUM DE CHICHITA

(POR ENCARGO DE SUS AMOS LOS DUQUES DE VIENTREAMENO)

¿Conque tienes un álbum con cien firmas?  
¡El dulcísimo nombre de Jesús!  
¡De tu casta no hay dos en todo el orbe  
con más suerte que tú!  
¿Y qué voy á decirte? ¿Que eres guapa?  
¿Que tienes un rabito encantador?  
¿Que ostentas caatro manchas en la tripa  
y en el hocico dos?  
¿Que tienes unos ojos tentadores?  
¿Que haces gratas cosquillas al lamer?  
¿Que el dinero que cuestan tus bizcochos  
me vendría á mí bien?  
¿Que eres muy caprichosa? ¿Que hace tiempo  
te profesan los duques tal amor

que te pasas las noches en su cama  
durmiendo entre los dos?  
Yo no sé de qué hablarte; y si me callo,  
los duques descortés me llamarán.  
¿Qué haré, pues, en el álbum? Dirigitte  
un ruego nada más.  
No me muerdas, por Dios, las pantorrillas  
si algún día te llaman la atención,  
¡que no tienes idea del aprecio  
en que las tengo yo!  
Si te olvidas, Chichita, de mi ruego,  
yo prometo pegarte un puntapié  
debajo de la cola, y dos al duque  
y á la duquesa tres.

Mas ¿á qué hablar aquí de cosas tristes?  
Échame tan siquiera, por favor,  
una tierna mirada de esas que echas  
al perro del barón,  
y guárdame nnos cuantos bizcochitos  
sin que el amo lo note, pues también  
hay poetas que así que llega el caso  
se saben relamer.

¿Que estos versos son malos? ¡Ay, Chichita,  
no me vengas con músicas á mí!  
¡Para el álbum de un bicho me parece  
que no hay más que pedir!

Juan Pérez Zuñiga.

## La vendà de Cupido.



I

—Mire usted, señorito; yo, la verdad, le tengo á usted ley, por que usted ha sido para mí talmente como si hubiera usted sido mi padre. Sé que voy á darle á usted un disgusto; pero, vamos, que á mí no me gusta andar con tapujos con usted y que le estén á usted engañando, como le están engañando.

—Pero ¿qué pasa, mujer de Dios?

—Pues pasa que se está usted gastando un dineral y haciendo los posibles por una mujer que usted se figura que le tiene á usted ley y su mija de querer, y no hay tales carneros.

—¿Qué... ¿tu señorita?

—¡Mi señorita, mi señorita! Tan señorita como yo, porque ya sabe usted que yo no la he conocido en ningún salón, sino en la *tribuna* espallando con esas mismísimas manos que ahora llevan guantes y sortijas y colgajos, que no parece ahora sino que son pura manteca.

—Bueno, mujer, acaba y sepamos de una vez qué es lo que quieres decirme.

—Mire usted, don Ramón; ya sé que lo que voy á decirle me cuesta á mí el quedarme en medio de la calle, sin el salario que me da mi... mi señorita; pero como á mí me gustan las cosas claras... porque ha de saber usted que la señorita maldito de Dios lo que le quiere y que tiene un querendango ahora mismo, y es el quinto que le conozco en los cuatro años que hace que me traje usted aquí.

—¿Es de veras lo que me dices?

—Como la luz.

—Pero ¿podrás demostrármelo?

—Pues mire usted, si que puedo, porque ahora mismo me ha mandao que le lleve una carta y aquí la tengo; yo ya sabe usted que siempre he sido fiel á mi señorita; pero si usted quiere leerla, quiere decir que le digo que la he llevao, y como se las llevo á la oficina y se las doy á cualquier portero, vete á averiguar si la he perdido yo ó la han perdido ellos.

—Venga la carta.

—O también podemos hacer otra cosa: yo la abro sin romperla, como me ha enseñao la señorita, usted la lee, la volvemos á cerrar, y aquí no ha pasado nada.

—Bien, estoy enterado; llévala, y cuidado con que digas nada.

—Mia que decir yo!... Pues si yo quisiera decir, ya había para rato; pero me callo porque no me gusta perjudicar á nadie.

—Eheno. Adiós, Tomasa.

—Vaya usted con Dios, señor, y usted me disimule, pero esto se me repudria dentro del cuerpo porque yo ya sabe usted que soy...

II

—Muy buenos días, mi señor don Ramón. ¿Se puede saber por qué ha venido usted hoy tan tarde?

—He tardado porque...

—Oye, oye, ¿qué cara es esa que me traes?

—Mira, Felisa, sobrado motivo tengo para estar enojado, y da gracias á Dios porque no hago contigo lo que debiera.

—¡Ave María purísima! Chico, chico, ¿qué mala hierba has pisado, que parece que traes proyecto de asesinarme cuando menos?

—Te estoy hablando en serio, Felisa.

—Bueno, pues voy á hacer lo posible por estar serio y también. Habla.

—Lo sé todo.

—Vamos, es final de comedia.

—Tienes razón, es final de comedia y debo advertirte que no tiene epílogo. Y como ya debes de estar persuadida de que tengo conocimiento exacto de tu conducta, hemos concluido.

—Pero, hombre, ¿qué estás diciendo?

—No te alarmes, no pienso recogerme ni los muebles ni nada de lo que te he dado; tuyos son. Además, el cuarto está pagado hasta fin de año; por consiguiente, te queda tiempo para buscar el medio de seguir viviendo en adelante, como hasta aquí. Conque adiós.

—Pero, criatura, ¿hablas de veras? No, así no te vas. Tienes que decirme á qué viene todo eso.

—He dicho bastante, no me obligues á hacer aquí una escena que nos esté mal á los dos.

—¡Ah! Es que no te vas sin decirme qué motivo tienes. Yo sé que cuando me hablas así, tú que siempre me has demostrado quererme de veras, seguramente tendrás tus razones; pero sean las que sean, yo las he de saber, porque de seguro serán calumnias de las muchas envidiosas que tengo porque me quieras. Conque no seas tonto, ven acá, siéntate y dime todo lo que ocurre.

—No me hagas hablar, Felisa. Te he dicho que estoy enterado de todo.

—Pues ese todo es el que necesito yo saber.

—¡Ea! Pues ya que te empeñas, tengo la seguridad de que ahora mismo hay un hombre escondido en esta casa. No me obligues á que le busque y haya un escándalo que pueda comprometernos á los tres. Quédate con él, hazte cuenta que no nos hemos conocido, y punto acabado.

—¿Quién te ha dicho semejante cosa? No necesito disculparme de esa calumnia. La desprecio, como desprecio al que la ha inventado. Pero como á ti, que has sido capaz de dudar de mi fidelidad, te debo una satisfacción, por cariño, no creas que por otro interés, necesito convencerte de lo injusto que eres conmigo y quiero que registres toda la casa. Advirtiéndote que aun cuando te convenzas de mi inocencia, seré yo la que abandone esta casa que me ha regalado un hombre que no merecía mi cariño. Regístrala, pues. ¡Tomasa!

—¿Qué vas á hacer?

—Irme. Tomasa, mi sombrero y mi pelerina.

—Puedes hacer lo que gustes.

—¡Ah! Eso no; tú no sales de esta casa sin haberla registrado toda sin dejar un rincón.

—Te digo que me marcho.

—Te digo que no te vas.

—No insistas, Felisa.

—Bien, haz lo que quieras, pero de todos modos déjame salir á mí primero.



—¡Ah! ¿tienes miedo?

—Miedo!... ¡Hasta ese punto he caído á tus ojos!

—Felisa!

—Vamos á registrar juntos.

—Suéltame.

—Tienes razón; ya veo que no me quieres y que en tu concepto soy una mujer despreciable. Vete; no me vuelvas á ver; pero por lo que más quieras en este mundo está siempre seguro de que soy inocente y de que no te he faltado jamás. Adiós.

—¡Felisa! Dime que lo que me han contado es mentira. Pruébame, júralo si es preciso, porque quiero creerle; necesito creerle.

—Dígame lo que te diga, ya no me creerás porque has perdido toda la confianza que tenías en mí. Te han dicho que yo tengo en este momento un hombre oculto. No puedo hacer más que repetirte lo que antes te dije: busca por todas partes.

—¿Y si busco tú no te irás?

—No me iré. Vé tú; aquí espero resignada el castigo que quieras imponerme si resulto culpable.

—¡Felisa!... pero no estoy seguro de que me engañas.

—¿Por qué?

—Porque tengo una prueba que no deja lugar á duda.

—¿Que prueba es esa?

—Yo he sorprendido, he leído, la esquila en que tú citabas á tu amante para hoy aquí y á estas horas.



— ¡Jal jal jal!  
 — ¿Te ríes? Pues te la diré de memoria. Decía así: «Fernando, te espero en casa el martes a las cuatro. Adiós, rico, que no faltes...»  
 — «Tuya—F.»  
 — Sí, EFE. ¿Qué dices a eso?  
 — Pues que es la cosa más sencilla del mundo: *efe* quiere decir Feliciána.  
 — ¡Eh!  
 — Sí, hombre, sí, Feliciána, la del segundo, que como sabes tiene muy mala letra y peor ortografía, me hace que escriba por ella a su Fernando, que, por cierto, es un tipo de lo más ridículo... Si quieres conocerle, sube y le verás, porque ahora debe de estar ahí.  
 — ¿Eso que me dices es cierto?  
 — Mira, hijo, créeme ó no me creas, haz lo que quieras, pero no me martirices más.  
 Entonces, Tomasa...  
 — Ya me figuraba yo que sería esa envidiosa la que había inventado el chisme. No puede aguantar que, habiendo sido yo su compañera en otro tiempo en la fábrica, hayamos corrido tan distinta suerte; pero, en fin, si á ella le das más crédito que á mí... pero te advierto que aunque tú me la hayas traído, ríñas conmigo ó no, voy á despedirla; en cuanto salgas de aquí la planto en medio del arroyo.  
 .....  
 — Adiós, Felisa mía.  
 — Hasta mañana, ¿eh? Que vengas tempranito.  
 III  
 — Fernando, ya puedes salir.  
 — ¡Ay, chica! Por poco me ahogo metido en esta dichosa lettera.  
 — Ya no hay peligro. ¿Has visto la que nos ha jugado la Tomasa?

José Estremera.

COsas DE ANTEÑO

LA PAJUELA

¡Oh pajuela! ¡Oh dolor! ¡Oh suerte triste!  
 Nadie se acuerda ya de que exististe; de los buenos servicios que prestaste; de que muchos hogares encendiste; de que á todos calor proporcionaste y de que prenda de concordia fuiste.  
 De azufre y no sé qué basta mixtura era como una cuerda tu estructura, si mi memoria mal no te compara, y eras el colmo de la baratura: un cuarto, ó cosa así, la media vara.  
 De un carbón encendido al solo tacto, en viva llama salí tu punta ardía, y como al mismo tiempo, ó *ipso facto*, fuéte infernal olor de ti surgía, levantábase el falso testimonio de que eras el mismísimo demonio.  
 ¡Qué ingratitud tan ruin eso revela! ¡Así la humanidad formula juicios contra quien por serviría se desvela y se consume como tú, pajuela, derramando sobre ella beneficios!  
 ¡Demonio tú! ¡Demonio tú, que fuiste lazo de estrecha unión entre las gentes, pues en los tiempos en que floreciste en cada barrio al vecindario uniste estableciendo de amistad corrientes!  
 Si de un yerto fogón entre la escoria de una chispa no hallábase el vislumbre, era necesidad muy perentoria la de que tú proporcionaras lumbre para encender el leño resinoso; y en la cruda inviernoada los braseros y el clásico candil sucio y pringoso y el solemne velón de tres mecheros; pero como tú nunca te inflamabas si á una brasa ó chispita no tocabas, habías que llevarte, por tu sino, á encenderte en la casa del vecino.  
 Estos mutuos servicios auxiliares mantenían, con raras excepciones, latente el fuego en todos los hogares; y en todos los humanos corazones; y presentar podrían testimonio nuestros abuelos y nuestras abuelas de que hubo antaño más de un matrimonio que originado fué por las pajuelas!  
 Tu reinado acabó, en bienes fecundo, y ya con tu luz cárdena no brillas desde que asombro fué y pasmo del mundo la soberbia invención de las cerillas, que inmensa gloria dieron á Caszante, pueblo del más famoso fabricante.  
 Desde entonces á verte comenzaron con desdén los que antes te halagaron,

y hasta las cocineras sisadoras, que eran de la pajuela admiradoras, con ruin ingratitud te abandonaron, porque sacaban luz con más presteza de un fósforo frotando la cabeza!

Así es que la cerilla fué adoptada por plebeyos, burgueses y señores, y por ella también los fumadores dejaron la *chufleta* abandonada, ¡otro chisme de mucho poderío que fué contemporáneo tuyo y mío!

La cerilla durante ocho quinientos cantada fué por todos los ingenios, y en letras de oro expresará la historia la *brillante* que fué su ejecutoria; pero ¡ay, que tanto y tanto ha decaído que ya ni sombra es de lo que ha sido!

Brotó de ella un fulgor límpido y puro que de luz inundó hasta el Capitolio, y hoy, con la que fabrica el Monopolio, el porvenir se nos presenta oscuro, siendo de resultados muy fatales en las más populosas capitales y en aldeas y villas, pues para cada paro de á dos reales hay que gastar dos duros en cerillas!

Su desprestigio es ya tan evidente, por lo nulos que son sus resultados, que en la época presente hasta hay muchos suicidios fracasados de jóvenes de espíritu sensible, que abrieron al amor su casto seno, sufriendo luego un desengaño horrible, y dicen con razón indestructible, al no sentir la obra del veneno, que esa cerilla *monopolihuera* ni para envenenar sirve siquiera!

Por eso tú, pajuela, cuya historia estaba de los hombres olvidada, renaces de ellos hoy en la memoria y eres por mí ensalzada; porque ese Monopolio condenado, si no procura dar mejor candela, va á hacer que todo el mundo, catusinamado, grite conmigo:— ¡Viva la pajuela!

José Estremera.



Cuento.

(PARA NIÑOS)

Llevaba Juan las bestias en renta después de darles agua cierta noche, y con la cuerda al hombro iba delante tan descuidado y tan tranquilo el pobre.

Salieron de las sombras del camino, después de pasar él, cuatro ó seis hombres, y así dijo uno de ellos á los otros: «Silencio y discreción y á dar el golpe». En mucho menos tiempo que se cuenta soltaron los grandísimos bribones al mulo que marchaba tras de todos y con él se internaron en el monte. Sólo el que habló á los otros como jefe no siguió á los demás, y colocóse la cabezada que servía al macho, y caminó á la cuadra tan conforme. Hay que advertir que Juan era muy bruto —su parienta decía que algo torpe— y al ver á aquel truhán donde iba el macho se quedó el infeliz viendo visiones.  
 «¿Qué es esto? preguntó. ¿Dónde está el mulo?»  
 «¿Qué hace usted ahí?...» Y el otro le respondió:  
 — ¡Perdón, señor! Milagros son del cielo...  
 — ¿Y el mulo dónde está?

— ¡Soy yo!

— ¡Demonre!

— Escuchad, si queréis, mi triste historia. Yo cometí un pecado horrible, enorme, y el Señor, en castigo de mi crimen, por dos años en mulo convertíome. Hoy el plazo cumplí de mi sentencia y, perdonado ya, vuelvo á ser hombre; pero lo que he sufrido desde dos años igual que yo lo sabe usted que me oye.  
 — ¡Qué cosas hace Dios! dijo el arriero. ¡Y tiraba usted bien! ¡Y era usted dócil!  
 — Por gratitud al pienso que me daba...  
 — Pero nunca logró salir al trote.  
 — La falta de costumbre.

— ¡Eso sería! Pues vaya usted con Dios; y usted perdone los muchos latigazos que le he dado sin conocer su clate ni su nombre. Como es muy natural, el gran tanante no quiso hacerse repetir la orden, y se marchó diciendo muy bajito: «Así no nos denuncia este hotentote».

Habría transcurrido un año apenas, y á la sería fué Juan con su consorte, y no hizo más que entrar, cuando vió al mulo que estaba en renta allí sujeto á un roble.  
 «Ya ha pecado de nuevo ese tanante, el arriero exclamó con tristes voces, y puede que esta vez los dos añitos se le hayan convertido en diez ó doce.» Y acercándose al mulo, poco á poco le soltó en el oído estas razones:  
 «Á mí, gran pecador, ya no me engañas: el que no te conozca, que te compre».

Eusebio Serra.

RESTOS DE UN DON JUAN "FIN DE SIGLO,"



APUNTE, POR PELLICER.

Regalos.

No es tan fácil eso de escoger artículos para regalo. Es indispensable conocer la idiosinerasia del individuo, su debilidad apasional, último modelo de decir,—sus gustos, sus aficiones y sus deseos.

El hombre delicado por naturaleza, convicción y principios, mira detenidamente lo que va á regalar, para no ofender al regalado.

El grosero de suyo no se detiene en el examen de los gustos ni de la representación del que va á ser obsequiado, y no consulta más que á su propio capricho, ó atiende solamente á la economía en el precio del regalo.

—¡Es horrible esta situación!—exclama un señor abonado á la cuarta de Eslava, por vocación natural.

—¿Qué le ocurre á usted, don Manolito?

—Que esta noche es el beneficio de Carmela, ya sabe usted, la tiple.

—¿Y qué?

—Pues, hombre, que estoy entrando en su cuarto toda la temporada y, ya ve usted, tengo que regalarla alguna cosa.

—¡Ya! Si hay amistad... pendiente...

—Pensé en regalarla un ramo de flores naturales.

—¿Como en los certámenes para poetas movilizados?

—Luego pensé en un canario.

—¿Del tamaño de León y Castillo?

—Un pájaro, hombre.

—¡Ah! Mejor es un mirlo; más teatral.

—Después me ocurrió comprar un ejemplar de cada una de las obras en que más se distingue, encuadernarlas en piel...

—¿En su propia piel?

—En piel de Rusia, y regalarla el tomo. ¿Qué cree usted?

—Que agradecería mucho más un hotel.

—Porque unas ligas—apunta con «aire» malicioso el abonado—serían...

—Si acaso, unas ligas de contribuyentes.

La sociedad establece una especie de arancel para regalos, teniendo en cuenta las clases y las categorías y otras circunstancias de más ó menos importancia.

Ejemplos:

Para obsequiar al jefe de la oficina, en el día de «su santo onomástico»—que decimos á última hora,—ó en Pascua de Navidad, ya se sabe: las botellas de Burdeos, Xeres y Champagne, tabacos en caja, habanos de primera... intención ó de segunda, y, si acaso, un faisán «auténtico aunque mudo», que dijo el poeta.

No Grilo, otro.

Si el regalo es para ministro «ó cosa así», suele ser de más importancia, como un reloj de acero ó un alfiler para la corbata, una docena de pares de calcetines...

Este fué el regalo que envió á un consejero de la corona un contratista del Estado.

—Pero dentro—me decía,—en cada calcetín, iba un billete de mil pesetas.

—Hombre—observó—¿y si no se entera y tira los calcetines?

—¡Un cuerno!—exclamó el animal del contratista.—Ya puse yo encima cosido un papelito que decía «frágil» para llamar la atención de su excelencia. Y en una tarjeta escribí con lápiz, para acompañar al regalo:

«Suplica humildemente á V. E. que eche un ojo á los calcetines.»

—¡Ya! ¿De una manera indirecta le avisaba usted... del peligro!

Hay quien regala «una escriban(a)» á un saastre, y quien obsequia con una petaca con miniaturas á una señorita.

A la señora de un general envió un amigo de la casa un estuche con navajas para afeitarse.

Sobrevino un lance, y un periódico decía:

«El duelo es á navaja.»

El novio que regala á su novia y la novia que ofrece á su novio una prueba de cariño son los más inspirados.

«Tuyo soy», decía un capón en crudo dedicado por un amante, con entrada en la casa, á su amada.

Lo decía por tarjeta, naturalmente, clavada en un pecho del ave.

También he visto un pavo parlante, después de asado, relleno y guarnecido.

Le dedicaba á un director general un escribiente del mismo ramo, en día de Pascua de Navidad.

En una cuartilla de papel que llevaba el difunto en el pico se leía:

«Señor: admita usted esta porquería de un padre de familia.»

En un plato de natillas dedicado á una viuda, en trazos de canela, le decía una amiga: «Te acompañamos en el sentimiento».

Los regalos anónimos inspiran temores.

—¡Qué hermosa gallina!

—Quita, Eduvigis, ¿quién sabe lo que guardará en su seno? Tal vez el veneno de los Lammermoor.

—Preciosa, ¿estás tú envenenada?

—Tengo muchos enemigos desde que he ingresado en Correos por oposición violenta.

Eduardo de Palacio.

¡La ciencia moderna!

Un doctor, en Nueva York, acaba de publicar la extravagancia mayor que se puede imaginar.

El invento, según cuentan, tiene rasgos atrevidos como todo lo que inventan en los Estados Unidos.

Y aunque aquellos habitantes están muy acostumbrados á cosas extravagantes, se muestran entusiasmados, y prueba que yo no miento, el que está haciendo furor el demonio del invento del doctor de Nueva York.

Después de mucho inquirir y tras mil cavilaciones, ha llegado á descubrir unas nuevas inyecciones, con las cuales se consigue cambiar el temperamento de todo aquel que se obligue á seguir el tratamiento.

¡Nada de linfa ni suero que indican otros doctores! Este inyecta, bajo el cuero los perfumes de las flores.

Pero no... no hay que burlarse, porque hay hechos evidentes, como puede comprobarse con los ejemplos siguientes:

El que se inyecte en la piel (por delante ó por detrás) de la esencia del clavel una dosis nada más,

si es su carácter violento, le hace efecto de calmante y le deja en un momento mucho más dócil que un guante.

Dos ó tres gramos de esencia de magnolia ó de jazmín ejercen tal influencia sobre cualquier bailarín, que antes de que éste lo piense tuerce sus inclinaciones, y se hace cura castrense... ó vendedor de jabones.

Una inyección de auzena hace al hombre enamorado, y una ó dos de yerba-buena le hacen terco y porfiado.

Si es de limón la inyección, le aficiona al aguardiente (á pesar de que el limón dicen que es muy astringente);

... ¿Y en la mujer? ¡Hay que ver lo que asegura el doctor! Afirma que en la mujer el efecto es aún mayor, pues las gordas enflaquecen como á su remedio acudan, las viejas rejuvenecen y las casadas enviudan.

¿Quién con esto no se anima! ¡Muchachas! ¡Ea, adelante... que el remedio no lastima y es bastante interesante!

No temáis que eso os afecte, pues se trata de una flor... ¡y acudid á que os inyecte el doctor de Nueva York!

Francisco Trujillo.

Sin comentarios.





## La trampa.

¿Convenía ó no la carretera? Por de pronto, era una novedad, y ya tenía ese inconveniente. Manín de Chinta, además, sentía abandonar la antigua calleja, el *camín rial*, un camino *real* que nunca había llegado á *cuarto* siquiera; porque, pese á todas las sextafías que habían abrumado de trabajo á los de la parroquia, en ochavo se había quedado siempre aquella vía estrecha, ardua, monte arriba, con abismos por baches, y con peñascos, charcos y pantanos por el medio. En invierno, el ganado hundía las patas en el lodo hasta los corvejones; en verano, aquella masa, petrificada en altibajos ondeados, como olas de un mar de barro, mostraba todavía los huecos profundos de las huellas de vacas y carneros que adornaban como arabescos el oleaje inmóvil. No importaba; por aquel camino habían llevado el carro el padre de Manín, el abuelo de Manín, todos los ascendientes de que había memoria.

Manín de Chinta tardaba tres horas en llegar con las vacas á la villa; mucho era para tan poco trecho; pero tres horas habían tardado, su padre, su abuelo. Además, la carretera le dividía por el medio el *suquero*, fragante y fresco pedazo de verdura, regalo del corral. Manín resistió cuanto pudo, dificultó la expropiación hasta donde alcanzaron sus influencias... pero el *torrente invencible y arrollador de la civilización y el progreso*, como dijo el diputado del distrito, en una comida que le dieron los *mandones*, en casa del cura nada menos, el *torrente*, es decir, la carretera, pudo más que Manuel; y por medio del *suquero* pasó el enemigo, llenando de polvo, que todo lo marchitaba, la hierba y los árboles que á derecha é izquierda siguieron siendo propiedad de Manín.

El romanticismo de estos aldeanos nunca es tan excesivo que llegue á luchar largo tiempo con lo útil. Manín consagró algunas *añoranzas* al *camín rial* abandonado, que se llenó de hierba, pero, como todos los vecinos, aprovechó la carretera, que poco á poco fué tomando aire rústico, cierto derecho á la vecindad, y llegó á ser cosa familiar y de provecho. A la orilla del nuevo camino se fueron fabricando casuchas pintadas, más limpias y sólidas que las chozas de la ladera cercana; abundaron á lo largo de la carretera las tabernas y abacerías, aumentó el tráfico, y, sin pasar mucho tiempo, vió Manín que sus convecinos iban abandonando, para sus viajes á la villa, la muy pesada carreta del país, de mortal rechino, carreta que debía de ser todavía como las que usaron los Hunnos y los Argipeos. Iban adoptando ligeros carricoches, de dos ruedas, saltarines y pintados de colores tan vivos, tan chillones, que al rodar veloces por el camino parecía que hacían casi tanto ruido con el verde y rojo y azul de su madera como con las llantas que iban brincando sobre la grava.

Manín de Chinta sintió envidia y acabó por desear tener también su carricón pintado; era algo carpintero, y entre él y un herrero de la vecindad consiguieron, no sin gastos considerables, dejar á la puerta del corral de los de Chinta un vehículo azul y rojo con toldo, bancos de pino y hasta un estribo á la trasera. No faltaba más que el caballo.

\* \* \*

Manín tenía en casa á su madre, Rosenda, á su mujer, María Chinta de Pin de Pepa, dos hijas casaderas y un hijo, Falo (Rafael), licenciado del ejército del arma de caballería.

Después de pensarlo mucho, de sacar y meter muchas veces los pesos que guardaba el ama de la casa en un bolsillo verde, de ma-

lla, dinero que procedía de la venta forzosa de parte de suquero, decidió la familia que Falo fuese á la próxima feria de la Ascensión, allá muy lejos, á la capital de la provincia, á comprar un animal de tiro, fuerte, como de mil á mil quinientos reales, que estuviera acostumbrado al oficio y pudiese arrastrar toda la familia por la cuesta de la Grandota arriba. Falo comprendió que él ó nadie podía llevar á cabo la peligrosa empresa de meter en casa una boca más, de costumbres desconocidas y de utilidad no demostrada.

Toda la familia se mostraba de antemano recelosa contra el intruso, antes de que éste viniera, en cuanto Falo se despidió, camino de la feria.

Vacas, cerdos, gallinas, cabras, patos y conejos... todo eso era género conocido; gente de casa, como quien dice. El pollino que llevaba á moler el maíz era huesped humilde, sufrido; pero ¡un caballo! y caballo para un coche, ó poco menos! La novedad era demasiado grande, molesta, casi dolorosa.

—Hay que hacer obra en el corral, junto á las vacas, para darle sitio al caballo—dijo la Chinta.

Y Manín, con cierto desdén, se encogió de hombros y dijo entre dientes:

—¡Bah! como quieras... todavía no se sabe si Falo encontrará algo que convenga. Siempre hay tiempo.

Y era como una esperanza en la familia que Falo se volviera sin el animal que había ido á comprar, y que estaba pidiendo á gritos (á gritos rojos) el carricoche tumbado sobre las varas, á la puerta.

Volvió Falo jinete en una yegua. Era de buena alzada, torda, cabeza fina, de buen andar, áirosa al sacudir los remos y nada espantadiza. No estaba flaca ni muy rellena. No tenía más sino



que, en cuanto la dejaban sola, entregada á sí misma, se quedaba muy triste, se abría un poco de piernas, alargaba el cuello y de tarde en tarde hacía un ruido así como si suspirara por dentro, con las entrañas, que le retemblaban.

En Venta de Castilla, de la tierra llana; tal vez la abrumaban las montañas. ¿Mad? En la edad estaba el misterio. Como buena *jamona*, por la boca no confesaba los años; pero muy vieja no debía de ser. O tal vez sí; tal vez era una Ninón de Lancos, en su clase.

Falo no había comprado en la feria. De la ciudad volvía con los *pevos*, casi satisfecho de no haber topado con nada que conviniese. Todo era caro, ó malo ó sospechoso. La verdad era que el licenciado de Caballería no entendía mucho de la ciencia del chalan y había cobrado miedo á los gitanos que tantas gangas le ofrecían.

Donde compró Falo fué al salir de la villa, ya cerca de su casa; compró á un vecino del mismo concejo, el Artillero, un gitano del Norte, más gitano que todos los que recorren el mundo. El Artillero le conoció á Falo, en cuanto le vió contemplando la yegua que él montaba, que el de caballería se había enamorado de ella. Falo, mucho tiempo después, comprendió por qué le había hecho tanta gracia; se parecía á un caballo que á él le habían matado los carlistas en una célebre carga. Pero de esto no se dió cuenta el hijo de Manin de Chinta por de pronto. Le gustó la yegua, pensaba él, porque sí, porque tenía buena facha, buen color, andaba bien y no se espantaba.

Falo llegó á casa al oscurecer, y metió la yegua en la cuadra improvisada por Manin en un rincón del corral de las vacas. Comprendió el licenciado que la gente de casa no le agradecía la compra. Los viejos, pensando en el dinero, trescientas pesetas, que

había quedado por allá, estaban así como arrepentidos de la resolución temeraria de arrastrar coche. Además, una caballería mayor era cosa tan nueva, tan extraña á la vida mezclada que hacían allí personas y brutos! A la madre de Manin, muy vieja, impedida para todo menos para fumar, comer y mandar á gritos, dando órdenes que unas veces se cumplían y otras no, pero siempre se respetaban; á la ochentona Rosenda le parecía muy mal que el *pollín* (el burro), más antiguo,

con muchos servicios, se acomodara en el cubil de la *quintana*, en buen amor y compañía de los vecinos de la vista baja, y que el intruso, es decir, la intrusa, necesitase medio corral para ella sola. ¿Y comer? ¡María Santísima! La yerba mejor del suquero, á veces una pajada... gollerías, golosinas.

Pasaron días, y el sordo rencor de todos, menos Falo, contra la *Chula*, la yegua torda, iba á más en vez de aplacarse. Falo pasaba cerca de ella horas y horas, limpiándola, acariciándola, como para consolarla de aquellos desdenes y de las raciones no muy abundantes.

La yegua castellana cada vez más triste. De tarde en tarde, volvía la cabeza de repente, como si esperara ver algún paisaje de la llanura, con que estaba soñando, medio dormida. Cerraba los ojos, arrugándolos, temblorosos, y las moscas acudían entonces á los lagrimales, como á sonsacarle las lágrimas de sus *saudades* de bruto melancólico, resignado.

La *Chula* empezó á adelgazar. Junto á un corvejón le salió un bulto duro. Falo, lleno de terror, ocultó á Manin y á las mujeres el triste descubrimiento. Curó á escondidas al animal con sal y vinagre.

Llegó el día de la prueba. Se la enganchó al carricoche, montaron Manin, su mujer y su hijo, y emprendieron el camino de la villa. No había novedad. La *Chula* había tirado mucho en este mundo. No extrañó las varas ni el ruido de las ruedas al saltar sobre la piedra, ni los frecuentes encuentros con carromatos, carretas tan cargadas de yerba que desaparecían bajo un monte móvil de verdura, pjaras bulliciosas, coches y velocípedos. A todo parecía acostumbrada. Era partiaria del *nihil mirari*: tal vez ni siquiera pensaba en lo que pasaba á su lado. Andaba y soñaba, como hacen en este mundo muchos poetas desterrados á la prosa de la vida: trabajan y sueñan.

De cuando en cuando, como volviendo á la realidad, levantaba la cabeza, como si buscara aire más libre, horizontes más anchos; aquellas colinas verdes tan cercanas, á derecha ó izquierda, parecía que la oprimían, que la ahogaban. A lo menos, Falo, que guiaba, se iba figurando todo eso. Cada pocos minutos el mozo miraba, sin que lo notara su padre, la hinchazón de la pierna; iba á más; y ¡otra desgracia! La yegua se alcanzaba, y una herradura había hecho sangre en otro remo.

Llegó la cuesta de la Grandota, ¡truesta formidable! La *Chula*, discretamente fustigada por Falo, emprendió la subida á trote

largo. A la mitad de la pendiente tropezó el vehículo con una carreta que bajaba, y la yegua se paró de repente.

*Quel giorno più non legavamo avanti.*

Aquel día la *Chula* no dió un paso más camino de la villa. Todo fué inútil, latigazos, palos, caricias, argumentos persuasivos de Manin, quejas de su mujer, ayuda de transeúntes que vinieron á suspender las ruedas del carricoche en el aire. No arrancó. No se encabritaba, no se impacientaba; nada de coces ni relinchos; silencio, paciencia, resignación; pero ni un paso. Llovían palos; cerraba la torda los ojos, temblorosas las tristes membranas que los cubrían; ¡á sufrir, á aguantar, á soñar con Castilla! Hubo que volver á casa como se pudo.

Al día siguiente, al amanecer, Falo vió con terror que la pierna estaba mucho más inflamada; la herida seguía sangrando y además... en el lomo y en el pecho las correas habían labrado la carne y brillaban, destilando humor entre gotas rojas, grandes madaduras. Hubo que enterar á Manin de Chinta de lo que pasaba; el aldeano cogía el cielo con las manos; las mujeres salieron á la *quintana* á dar gritos, á lamentarse, como las plañideras en un entierro. Allí se vociferó la biografía del Artillero á lo Aristófanes.

Si aquel hombre era tan tramposo con los Chintas, gritaban, merecía volver al presidio, donde ya había estado.

La *Chula* iba de mal en peor; bajaba como en la Bolsa el papel cuando hay pánico. Cada vez le asediaban más moscas, como

para repartírsela. Falo veía con espanto la próxima transformación de aquella figura animada, que él había empezado á querer sin saber por qué, en masa inerte, repugnante, putrefacta; previa el *sálvese el que pueda* terrible de la materia que huye de un organismo abandonado por el soplo misterioso de la vida. Además, como Falo no creía

en la inmortalidad del alma de las yeguas, aquella podredumbre en que iba á deshacerse su nueva amiga le parecía más horrorosa, y él, por lo mismo, sentía más lástima.

Se puso á curar y cuidar á la *Chula* con todo el ahinco y entusiasmo de su energía de aldeano joven y testarudo; quería que sanara.

En tanto Manin se apresuró á dar pasos para deshacer el trato. «Por fortuna, no había comprado en la feria.» El Artillero tendría que devolverle su dinero y llevarse la *trampa*, pues le había engañado miserablemente. No sabía si tenía derecho ó no á la rescisión ó lo que fuere; pero sabía algo más positivo: que era cuestión de *mandones*, de caciques; que el juez le había al Artillero cargar con la yegua si el *señorito* se empeñaba.



El *señorito* era el *mandón* de la villa, el cacique de cuyo bando era Manin, que tenía dinero suyo á réditos y en arrendamiento cierta tierra de hombre tan poderoso. El Artillero también tenía *mandón* que le protegiera; fué lucha de caciques. El juez, oficialmente, hizo que la cosa se pusiera en manos que lo resolvieran sin llegar á un juicio, dando á entender que él, llegado el caso, daría una solución igual; quería servir al más poderoso dilataando ó conjurando el compromiso. El *mandón* más fuerte, el *señorito*, el de Manin, salió con la suya. El Artillero tuvo miedo y se dió por vencido, antes de serlo en el mal afamado foro de la villa.

Pero toda esta guerra pseudo-jurídica de influencias, intrigas, rencores y vanidades duró semanas y semanas, y en tanto la ye-



gua ni curaba ni se moría. Poco á poco, alrededor de Falo, que la cuidaba, fueron acudiendo algunos vecinos inteligentes, por amor al arte de la veterinaria. Rosenda y la Chinta también empezaron á interesarse por el animal y sus lacerias. Manín fué el último, pero acudió también, y acabó por ser el más solícito, el que más se esmeraba en aliviar los males de la *trampa*.

La *Chula* iba siendo cosa familiar, como la carretera. Hasta las vacas *paraban mientes* en ella. No se diga las gallinas, que le andaban todo el día entre las patas.

La idea de que era «un animal de Dios» esparció por el corral un ambiente de asilo caritativo. Falo triunfaba, radiante.

La yegua, al cabo, empezó á mejorar algo, muy poco; la familia le tomaba *ley*. Hasta el cura de la parroquia vino un día á verla. Era el cura, como la *Chula*, castellano, grave, noble, triste, cortés; también echaba de menos la ancha llanura. Declaró el párroco, dándole palmadas en el vientre, que era la yegua una buena pieza, que sanaría tal vez, que no tenía más que el peso de los años y ciertos vicios de la sangre. Apuntó la idea de que era, relativamente, caso de conciencia el cuidar del pobre animal, que parecía agradecer los remedios y el halago.

\*\*\*

Una mañana se presentó el Artillero blasfemando, con un bolsillo de cuero en una mano y una cabezada en la otra. Venía por la yegua. «Le habían hecho una charranada; pero ya la pagarían en las próximas elecciones. Habría tiros.» Arrojó el dinero á los pies de Manín, entró en el corral y se puso á desatar del pesebre á la *Chula*, como quien toma lo suyo. Salió con ella á la *quintana*, la puso la cabezada, montó, á pelo, de un brinco y, sin despedirse, apretó los ijares de la bestia para emprender la marcha... Pero la *Chula* no se movía.

Sin fijarse en este detalle importante, dando patadas feroces en el vientre de la torda, el Artillero gritaba: «Esto es contra ley! ¡Esto clama al cielo! Si no fueran arriba y abajo todos unos pillos, yo acudiría al juez y á la *Audencia* por mis trescientas pesetas; pero el pobre en todas partes se *escachifolla* y se repudre... y se... ¡Anda borrica! Y ¡zas, zas! ¡qué patadas y qué ramalazos!

Falo, enfrente del Artillero, como para cortar el paso, le contemplaba; pálido, mordiendo los labios. Manín, detrás de la *Chula*, rodeado de las mujeres, tenía un pie sobre el bolsillo que el Artillero había arrojado al suelo, y revolvia dentro de su cerebro estrecho grandes pensamientos.



De tal modo maltrataba el Artillero á la yegua, que no podía moverse, que la indignación estaba pronta á estallar en todos los del grupo. La familia contemplaba en silencio el trato cruel. La vieja, la ochentona, la varonil Rosenda, fué la primera que gritó: «Cacho de bruto, ¿no ves que no quiere? ¿No tienes entrañas? Deja la torda ó por las piernas te cojo y vas á tierra...»

«Y si no lo hace la abuela, lo hago yo—dijo Falo, dando un paso adelante.

«La yegua es mía; pa eso ganasteis el pleito en *ca* el señorito. ¡Pñales! Y que á esto lo llamen justicia!...»

«Tuya es la yegua—contestó Manín de Chinta, más sereno que Falo;—pero como el animal le tiene ley á la casa, por lo visto... y como no se *quie dir*... por mí, que se quede Conque, apéate; toma tu dinero, que ahí está donde lo dejaste, y la *Chula* vuelve al pesebre.

Y Manín separó el pie que pisaba el bolsillo y puso una mano sobre la grupa de la yegua.

Después de pensarlo, el Artillero, dejando de maltratar al animal, dijo con tono conciliador, pero no sin cierta sorna:

«Bien está lo que dices; pero has de pagar las costas.

«¿Qué costas, si todo se arregló entre amigos?

«Amigos, ¿eh? ¡del demonio! Las costas son la sangre que me habéis quemado y retepodrido, y lo que he gastado en zapatos en viajes á la villa... Con cinco pesos encima tuya es la yegua.

Y después de dimes y diretes, dudas, vacilaciones y embozados insultos, se hizo el trato; volvió la *Chula* á la cuadra, Falo á cuidarla y el Artillero se fué con sus trescientas pesetas y veinticinco que no había traído.

La *Chula*, después de algunas semanas, pudo volver á tirar del carricoche. Cumplía con su oficio medianamente; como un veterano que ya merece el retiro. El carretón no se cargaba demasiado. Al llegar á las cuestas grandes, la gente á tierra; la *Chula* subía poco á poco; no se la apuraba. Se paraba á veces y se hacía la vista gorda. Ella procuraba cumplir lo mejor que podía; la familia le toleraba sus flaquezas naturales, su horror á lo empinado.

Así se vivía, soportándose unos á otros; como se sufría á la vieja, que ya no trabajaba y gruñía; como todos tenían algo que tolerarse, algo que perdonarse mutuamente. Así es la vida entre los que se quieren y atraviesan este valle de lágrimas juntos, unidas las manos para que no los disperse el viento del infortunio.

Se paraba la *Chula* en la Grandota; se sentaba la Chinta sobre un montón de grava y, con toda calma, fumaba un cigarrillo que en vez de papel tenía media hoja seca de maíz. Y Falo esperaba, silbando, pasando la mano por el lomo á la yegua torda, que se parecía al caballo que él había dejado muerto en un campo de batalla.

Clarin.

## La muerte de un amor.

I

Era tan grande su pasión que un día, por no poderla él ver como quería, y pesarle á la joven demasiado la autoridad de un padre que decía que amar como ella amaba era un pecado, sin más vacilaciones, ella saltó de la ventana al huerto, con todo ese valor de las pasiones cuando dan la virtud como algo muerto; y con ligero y decidido paso, poniéndose á horcajadas en el muro se deslizó por él al campo raso, por la ausencia de luna, muy oscuro. Y él, que á muy pocos metros la esperaba, viendo en aquel descenso la victoria sobre un ángel travieso que bajaba un poquito aburrido de la gloria, en un arranque loco de cariño, la cogió entre sus brazos como á un niño y, sin mostrar que le cansara el peso, así se la llevó campo adelante, no dejando sin beso en su semblante sitio ninguno en que cupiera un beso.

II

Pasada aquella noche de delirio, el primer rayo de la luz del día trajo el principio del fatal martirio en que ninguno de los dos creía. «¿Qué hacer? ¿Adónde ir? ¿Como temblaban el furor de aquel padre deshonrado? Y los dos preguntándolo temblaban, arrepentidos ya de su pecado. Resolver el problema era imposible; y, con una expresión indefinible de mujer condenada y decidida, á mostrar su entereza en el castigo, «No hay más recurso que perder la vida! ella marmaró al fin... ¡Sólo el que digo! Segura estoy de que, si vuelvo á casa, me encerrará mi padre en un convento, y ante esta idea que mi ser traspasa yo no puedo explicarte lo que siento.» «¡Vivir lejos de tí...! ¡Qué disparate! ¡Mejor, mucho mejor es que me mates! ¡Que nos matemos, Juan!... Este triste sueldo dar tan trágico fin á estos amores... Pero ¿existe otro medio?...» Y «No, Dores, respondió Juan... No le hay... Sólo la muerte!»

III

«Pero llegó la noche y aun vivían! Y por haber pensado; sin duda, que el amor que se tenían fué, para ser tan grande, mal gozado, «¡Hasta mañana, no! la joven dijo; y al ver que él lo aceptaba de buen grado, «Pero mañana, murmuró, ¡de hijo!»

IV

Y llegó aquel mañana, tras una noche de placer tan loco que el pobre Juan, arrepentido un poco, sonrió, al ver el sol, de mala gana. Y ella también, cansada, ó menos fuerte que en el día anterior, pensó aquel día que para tal amor e a la muerte demasiada grandeza y poesía. Y yendo por instinto hacia su casa, quejándose de sed, de hambre y de frío, sentía ya ese hastío que hace costra en el sitio por que pasa. Vió su aún de morir disparatado, y la serena calma de un convento halagó casi más su pensamiento que las borrascas del amor pasado.

Luis de Ansoaens.



## El corneta de órdenes.

Estaba amaneciendo.

Alrededor de un caserío abandonado del monte Igueldo se veían agitarse y moverse algunos bultos negruzcos, en los que la mortecina claridad de una aurora triste y lejana todavía dejaba ver puntos blanquitos. Eran los camilleros de la Cruz Roja que, á las órdenes de un médico militar, se ocupaban en establecer un hospital de sangre en la abandonada vivienda. Hacía un frío horroroso; se habían habilitado dos camas solamente en la única habitación que tenía el caserío; á los pies de ésta había una mesa viejísima donde el médico iba colocar los diversos aparatos de cirugía, bruñidos, limpios, pulimentados con arte, como si se tratase de los objetos de tocador de una mujer mundana. Era un espectáculo que helaba la sangre, porque los dos camilleros que contemplaban la escena y la hermana de la Caridad que, con los brazos cruzados y los ojos bajos, permanecía muda, sentada en un taburete entre las dos camas, sabían perfectamente que quizá antes de una hora aquellos terribles aparatos habrían de usarse, porque una división del ejército aguardaba sólo que hubiera luz para atacar á los carlistas, que se hallaban atrincherados en la cumbre.

Puestos en orden aquellos lúgubres aparatos, extendidas las vendas y las hilas sobre la mesa, colocados los frascos del botiquín de campaña en el sitio que al médico pareció más al alcance de su mano, levantó el cuello del capote y salió de la estancia seguido de los dos sanitarios, diciendo á la hermana de la Caridad:

—Sor Antonia, que nadie toque á esa mesa.

Sor Antonia permaneció algunos segundos en la misma actitud en que el médico la había dejado; cuando se cerció de que se hallaba completamente sola, levantó la vista del suelo, y maquinalmente se fijaron sus ojos en una tosca imagen del Niño Jesús, molettudo, apacible, sonriente, que sobre una hornacina cortaba la monotonía de las cuatro blancas paredes que componían la estancia. Pausadamente, con ese andar de las personas dedicadas á la vida contemplativa que, en vez de moverse, se deslizan para ir de un sitio á otro, se acercó al

tabique donde estaba la imagen y cayó de rodillas sobre el suelo, tiritando de frío y murmurando las oraciones de la mañana.

Sor Antonia era alta, delgada, de ojos negros orlados por el ancho círculo morado, que lo mismo podía representar las austeridades de la vida religiosa que los remordimientos de una azarosa vida mundana. Era una hija de San Vicente de Paul que, cuando permanecía con la vista baja y las manos cruzadas, tenía toda la unción de las figuras evangelicas; pero en cuanto erguía la cabeza y abría sus grandes ojos negros, tomaba su fisonomía un aspecto tan excesivamente terrenal, que los hábitos y la toca parecían un disfraz sacrilego y una profanación carnalesca. A esto contribuían mucho la esbeltez de su cuerpo y cierta pulcritud en el vestir, que delataban la costumbre de haber cuidado mucho, en otras épocas, de las galas que debían adornar su persona.

Sor Antonia acababa de llegar al campo de batalla; había prestado sus servicios en hospitales de mujeres incurables en varios pueblos de España; jamás se había visto al lado de un herido, y en aquella mañana experimentaba una emoción profundísima, en la que se mezclaba el sentimiento del miedo y del horror ante el espectáculo de las bárbaras luchas que el destino la llevaba á presenciar.

El silencio en el caserío era profundo; sólo el aire lo interrumpía alternativamente, azotando con furia la gran bandera blanca que en el caballete del tejado había colocado la Cruz Roja, y el triste piar de algunos gorriónes á quienes la enseña de la Caridad retenía como un espantajo en sus nidos, sin atreverse á salir á saludar al alba.

De repente un estrépito terrible conmovió las paredes del caserío; el suelo trepidó como si lo moviera un terremoto; Sor Antonia, aterrorizada, dió un grito, y de un salto corrió á refugiarse entre las dos camas, temblando de pies á cabeza. Era el primer cañonazo disparado desde las posiciones carlistas contra el ejército liberal. Sor Antonia se tapó instintivamente los oídos; pero de nada servía: al primer cañonazo siguió un inmenso rumor producido por hombres, mezcla de descargas de fusilería, toques estridentes de corneta, gritos de mando, galope de caballos y golpeteo de sables y bayonetas; dominándolo todo la detonación seca y dura del cañón que, á intervalos iguales, parecía ir marcando el lúgubre ritmo de este infernal concierto.

Sor Antonia no se atrevía á



mirar por la única ventana que había en la habitación, y cuyo cristal empotrado en la pared había saltado en mil pedazos al estampido del primer cañonazo; pálida como una muerta volvió a caer de rodillas, y dirigiéndose al Niño Jesús exclamó:

—¡Dios mío, no debías tolerar estas brutalidades entre los hombres!

Y asustada de la especie de censura al Altísimo que contenían estas palabras, se apresuró a rezar el *Yo pecador*, interrumpido a cada momento por profundos suspiros. Dos ó tres golpes secos dados en la puerta del caserío cortaron el rezo, y Sor Antonia, con los ojos llenos de lágrimas y tambaleándose de miedo, acudió apresurada a la entrada.

Era que llegaba el primer herido.

Dos soldados acababan de dejar en el suelo una camilla, sobre la que estaba inmóvil un niño, el corneta de órdenes de un batallón de cazadores; apenas contaba trece años; su rostro infantil tenía una expresión de dolor capaz de conmover al hombre de más duro corazón; no exhalaba una queja, ni se veía la herida; pero se adivinaba por la rigidez de sus miembros que su estado debía ser grave.

Como la camilla no podía entrar en la habitación, fué preciso coger al corneta con el mayor cuidado para depositarlo sobre la cama. En el momento de colocarlo en ésta, exhaló un débil gemido y quedó nuevamente inmóvil. Uno de los conductores de la camilla, cabo de Sanidad militar, dijo a Sor Antonia:

—El médico ha encargado que vaya usted lavando la herida á éste mientras él viene, porque está haciendo otra cura en el mismo campo de batalla.

La hermana de la Caridad volvió á quedar sola en la estancia; el herido abrió los ojos al cabo de unos segundos y pidió agua, que Sor Antonia se apresuró á llevar á sus labios, sosteniéndole maternalmente la cabeza en sus brazos.

El agua pareció reanimarle, y pronunció dos ó tres palabras soeces y groseras para expresar su dolor. Sor Antonia, venciendo la repugnancia que le producían aquellos términos de cuartel, acercó el vaso otra vez á los labios del herido. Este segundo sorbo despertó una locuacidad extraordinaria en aquella criatura, que comenzó á relatar las peripecias de la acción hasta el momento en que fué herido.

Pero ¡en qué lenguaje!

A cada frase salía de sus labios una blasfemia; en el cuartel y en el arroyo, de donde seguramente procedía, no le habían enseñado otra forma de expresión del pensamiento, y era ésa la que usaba con un alarde tal de grosería é impiedad que sólo el uso continuo de semejantes palabrotas podía haber formado tan extenso repertorio.

Sor Antonia le miraba con ojos espantados.

El espectáculo no era para menos; la guerra, un niño herido en defensa de una causa de la que no tenía la menor noticia, la muerte apoderándose de una víctima inocente é inofensiva, y para que todo fuera más horrible, un lenguaje lleno de brutalidades, en vez de oraciones en los labios que debían ser de un ángel... A la mente de Sor Antonia volvió el pensamiento impío que antes la había hecho temblar, y dirigiendo la vista á la imagen sonriente repitió:

—¡Dios mío, no debías tolerar esto!

Y en seguida, procurando traer al ánimo del corneta recuerdos que calmaran aquella feroz exaltación, le preguntó:

—¿Tienes madre?

—¡Mi madre! ¡mi madre! ¡Buena pieza debe estar!— y soltó nuevas blasfemias para contar que procedía de la Inclusa y que él no había conocido más autoridad en el mundo que el sargento de la banda, á quien deseaba un balazo en aquel mismo día, como pago á los atroces tratamientos de que solía hacerle objeto á la menor falta.

Un grito de dolor, acompañado de un bárbaro juramento, recordó á Sor Antonia que debía lavar la herida al corneta; sobre la cama se señalaba un hilillo de sangre arrancando del costado derecho del herido, que era precisamente donde descansaba su cuerpo, y haciendo un esfuerzo supremo, logró darle la vuelta. La herida estaba allí; un manchón de sangre y el agujero hecho por la bala en el capote señalaban el sitio; en el lugar correspondiente de la cama había un verdadero charco.

Con mano convulsa comenzaba Sor Antonia á desabrochar el capote, cuando entró el médico, que apartó bruscamente á la hermana de la Caridad, pidió unas tijeras, cortó la tela que cubría la herida, la examinó brevemente, tomó el pulso al corneta, colocó la mano sobre su corazón y dijo:

—Ahí en la puerta habrá algunos sanitarios; diga usted que busquen al padre capellán en seguida.

Sor Antonia sentía vivos deseos de abandonar aquella habitación; vió que el médico cogía de la mesa un sacabolas, y volvió el rostro á otro lado apresurando el paso.

En la puerta no había nadie; á lo lejos se veía una línea de humo; pensó en ella misma en busca del capellán; pero á los pocos pasos, un silbido agudo la hizo bajar la cabeza; el instinto le dijo que aquello era una bala, y retrocedió más asustada que nunca. En la puerta del caserío halló al médico que salía.

—Ya no hacen falta más que oraciones—la dijo, y tomó por el sendero que conducía á la cumbre.

Sor Antonia se acercó á la cama del soldado; la sangre le inundaba todo; la rigidez del cadáver era espantosa; con el capote desabrochado y la cabeza violentamente inclinada atrás, parecía habersele alargado terriblemente el cuello.

Esta nueva impresión fué tal que Sor Antonia volvió á decir, pero no con tono de súplica como antes, sino con el aire de una recriminación furiosa:

—¡Dios mío, ¿por qué toleras estas cosas!

Entonces sus ojos se fijaron en un escapulario que llevaba el corneta; con la farsa de una loca lo arrancó de su cuello, desgarró con los dientes las puntadas y sacó de entre las telas un papel que sólo contenía una fecha y una firma, que era la suya.



Sor Antonia dió un grito feroz y cayó al suelo sobre la sangre que por todas partes se extendía, murmurando ¡era mi hijo! ¡era mi hijo! y dirigiendo los ojos desmesuradamente abiertos á la imagen del Niño Jesús, que con apacible sonrisa parecía contestar:

—¿Ves cómo yo no hago nada? Esas son cosas vuestras.

Emilio S. Pastor.

★

## REMORDIMIENTOS

Si pudiera volver á este mundo  
habiendo ya visto lo que es la mujer,  
¡caracoles, y qué tremebundo,  
y qué tremebundo que había de ser!  
¡Qué horricos que somos los chicos!  
¡Qué de prisa se marcha el amor!  
Y en dejando de ser tan horricos  
ya no hay ocasiones de ser trovador.  
Seventas al pie de las rejas,  
mandolina ó guitarra sin par,  
¡pobrecitas! ¡Si estáis ya tan viejas  
que nadie os escucha ni os quiere mirar!



Cuando pienso en el tiempo perdido  
siguiendo doncellas con buena intención,  
no me llamo melón, porque he sido  
y soy calabaza más bien que melón.  
¡Qué criadas ha habido en mi casa!  
¡Morenas y rubias, de todo hubo allí!  
¡Ay! ¡Qué Pepal! ¡qué Inés! ¡qué Tomás!  
¡Qué tonto! ¡qué tonto! ¡qué tonto que fui!  
Yo tenía cuando era estudiante  
delante, delante de mi habitación,  
una sala, donde un comandante  
vivía con una de Fuente Jaén.  
La patrona decía que era  
la joven esposa de aquel militar,  
pero algunos decían por fuera  
que era, que era... ganitas de hablar.  
Cuando pienso en aquella boquita,  
chiquita, chiquita como un cañamón,  
que tenía la bella Rosita,  
la más rebonita de la población!  
¡Qué mirada tan dulce y tan bella  
y qué manerita tan caca de andar!  
¡Mire usted que encontrarme con ella,  
y nunca atreverme más que á saludar!  
Una tarde caliente, caliente  
de Julio ó de Agosto, salí al corredor,  
y ella estaba en la puerta de enfrente  
con sus zapatillas y su peinador.  
—Pase usted, caba'lero (me dijo).  
Mi esposo á estas horas está en el cuartel,  
y con estos calores ¡ay! hijo,  
me aburro, me aburro, no estando con él.  
—Ya que usted no se opone, entrárame—  
le dije, mirándola con cierto rabor,  
y al decirlo coléme, coléme,  
coléme con aire de conquistador.  
¡Qué fresquita que estaba la sala!  
¡Qué oscurita se hallaba también!  
Ella dijo:—¡Me encuentro muy mala!  
y yo dije:—¡Me encuentro muy bién!  
Nos sentamos los dos en seguida.  
¡Qué blandito que estaba el sofá!  
No he tenido más miedo en mi vida,  
ni he dicho más veces á todo ¡ya! ¡ya!  
Un gatito que había, roncaba;  
se había dormido de verme tal vez.  
Yo entretanto callaba, y sudaba,  
sudaba unas gotas lo mismo que pez.  
Ella hablaba de prisa y de todo,  
voluble, voluble como un ruiseñor;

## HACIENDO POR LA VIDA



(APUNTE POR F. MAS)

y me daba al hablar con el codo,  
y en cuanto me daba, me daba un temblor.  
Al mirarla tan mona, sentía  
por todas mis venas la sangre correr:  
pero ¡pada! la sangre corría  
y no me corría: ¡qué le hemos de hacer!  
Una vez tuve al fin intenciones  
de darle un besito, pidiendo perdón;  
mas ¡caramba! ¡qué palpitaciones  
y qué cosquillitas en el corazón!  
Las sufrí con valor, decidido  
á ser, por lo menos, un nuevo don Juan,  
pero el gato de pronto hizo ruido,  
y á mí las sorpresas tal miedo me dan...

que bajando los ojos de prisa  
y poniendo las manos en cruz,  
¡ay! me estuve lo mismo que en misa  
mirándola sólo como un avestruz.  
De repente me dijo:—¡Sosito!  
Yo, asustado, las gracias le di.  
Y me estuve con ella solito,  
solito dos horas... ¡y no me atreví!  
¡Qué borricos que somos los chicos!  
¡Qué de prisa se marcha el amor!  
Y en dejando de ser tan borricos,  
¡adiós mandolina y adiós trovador!

Constantino Gil.

## En defensa de un ausente.

Sr. D. Melitón González.

Muy distinguido señor mío: Ignorando el domicilio de la persona á quien usted critica, sin compasión, en su graciosísimo artículo publicado en el *Blanco y Negro*, por el estilo castizo y elegante en que escribe sus cartas, dirijo á usted la presente para que me haga el obsequio de hacerla llegar á manos de mi maltratado amigo, el cual, como todos los genios (á mí me sucede lo mismo), cuenta con numerosos adversarios en todas partes.

Dicho señor y yo nos entendemos muy bien en nuestra frecuente correspondencia, y tenemos la seguridad de que, pasado algún tiempo, la forma de expresarnos que hemos convenido ha de sustituir con ventaja á la ya desgastada y cursi que empleó Cervantes en sus inmortales obras.

Hé aquí la carta á que me *contraigo*:

(*Bastante*) Señor mío y de mi á (5 *pesetas la arroba*).

He le (*marchado*) en el (*siete días*) río (*Absolutista y Liberal*), como se decía en mi juventud, la (*vestida á la última moda*) carta que un am (*chumbo*) de usted ha tenido el atrevi (*calumnio*) de dar á la (*bujía encendida*) pública, sin (*narrar*) con la (*mira*) uña de usted.

No le importe á usted un (*me abrasé*) te esta manera de (*edificar*): á mí la difamación jamás me hizo (*diputado carlista de los que mejor hablan en el Congreso*), porque estas cosas por un oído me (*ingresan*) y por el otro me (*desaparecen*).

Hablemos, pues, de lo que nos con (*llega*) y le pro (*cuelo*) ser (*el marido de la parca*) en las li (*mujeres de los neos*) con que me he pro (*tiendecilla ambulante*) molestar su (*con riñetas*) atención, que bien está San Pedro en (*residencia del Papa*) y no por mucho abandonar el lecho pronto amanece más (*las cuatro de la mañana*).

Por (*agradar*) á usted le (*entregare*) noticias de teatros, porque tengo en (*asiento sin numeración de la plaza de toros*) que esto es lo que más le a (*asiento en la misma plaza, pero con numeración y más caro*).

(*Tenemos fe*) que se abrirá (*el castellano*) en los (*Enero, Febrero y Marzo*) del (*12 meses*). Entre tanto, María (*Belicoso*) con los suyos (*va detrás*) trabajando en el (*berza*) isco de la (*hermana ma-*

*yor del Rey*). Para mí esta actriz y la (*tutame*) ban son las mejores del (*baúl grande*). Además, (*manduco*) mujeres, son preci (*hembras del oso*) y las quiero casi tanto como á las (*muchachas*) de mis ojos, en el buen (*olfato*) de la palabra.

Me dice usted en su última e (*revólver*) que en el teatro moderno aún quedan actores (*encima*) salientes. (*Pájaro*) María Purísima, qué cosas se le ocurren á usted! A mi modo de en (*colgar ropa lavada*) no hay ya ning (*primer número impar*). Se a (*ahondar la tierra*) on aquellos tiempos en que D. Carlos la (*Giralda*) y don Pedro (*Desmejorado*), actuaban en lo que se llamó (*ancianamente*) el Corral de la (*mujer del Pacheco*).

A (*Desmejorado*) le vi estrenar un drama de García Gutiérrez titulado (*Un pesame á fallecimiento*) que no había más que (*mirar*).

En (*juicio final*) no (*el masculino de Eva*) quemos tris (*varias tazas de té*) (*imbécil*) rias. *Constítese usted*, he (*aspecto*) do el estreno de la primera (*Historia universal de César Cantá*) de Bretón de los (*Chisperos*). Aquéllos sí que eran co (*te he estado esperando varios días y no has ido*) y no los de a (*las cinco de la tarde*). Se ntenian al papel y no metian ni una mor (*notable dibujante del MADRID CÓMICO*). Y eso que hoy tenemos un Ma (*Tajo*) que dirige la es (*última comida de las tres que hacemos*) con un ta (*pausado*) extra (*sujeto mal educado*).

Es muy (*después del mediodía*) y no continúo porque tengo que ir al (*río que pasa por París*) do, á cumplir con mi (*no pagar*).

A (*Supremo Hacedor*), (*cuerna*) otro día (*Hágase usted el distraído*) estas molestias y (*eché sus cálculos*) siempre con la amistad sin (*esperma*) de su com (*el que vende paño*) que le quiere de (*coraza grande*) y besa su (*25 pliegos de papel*).

(Apenas veo) Lo (*truca*).

Por la copia,

Tomás Luceño.

(*Guiños con los ojos*) para la contestación: (*Guardé usted silencio*) de (*Potro*) metrezco, (*cuatro pares*), entre (*pavimento*). Hay *ascen* (*madre prieta*).

# CÓMO NACÉ UN REVENTADOR



Era todo candor é inocencia.

Alabadero de corazón, aplaudía en todos los estrenos, sin que le moviera á ello ni la entrada de gorra ni el vino de la taberna vecina al teatro.



Quando en *Boccacio* oyó cantar la jota de los tres maridos, gozó los imposibles y le sentó mejor que las óperas del Real.



No dejó de agradarle menos la jota de los tres ratas. Sin embargo, al ir hacia su casa, después del teatro, recordó haber visto á dos de aquellos tres en *La Verbena*, obra estrenada en el verano anterior. A pesar de lo cual y de tratarse de una jota que empieza cantada á trocitos por los tres, como lo hicieron los tres paragueros de marras, comprendió que la originalidad absoluta no puede exigirse á nadie y volvió á ver *La gran vía* con sus tres ratas, porque le hacía mucha gracia verlos salir por la derecha uno tras del otro á *sancada lenta*.

Al ver las tres cigarreras, el buen hombre se puso serio. Comprendió que eran tres ratas hembras, sin más diferencia que la de

salir por la izquierda en vez de salir por la derecha como los tres



ratas machos, y lo que más le mortificó fué la salida á *sancada lenta* y una detrás de otra, lo mismito que los tres ratas.



En *Los descamisados* vió salir á los tres timadores con la variante de no aparecer por la derecha como los tres ratas, ni por la izquierda como las tres cigarreras, sino por el fondo, pero también salieron á *sancada lenta* con otra variante: el bastón.



Ya no aplaudía. De vez en cuando rochinaba los dientes y miraba con ira á los que daban muestras de aprobación, y hasta llamó estúpido en su cara á un tendero de ultramarinos que se empeñó en hacer repetir el terceto.

En *Los africanistas* no silbó porque le contavimos entre unos cuantos amigos, pero estaba hecho un basilisco, y le vimos echar mano á un revólver de bolsillo cuando vió salir otra vez por la derecha á los tres cómicos tronados ¡a zancada lenta!

—Ya me lo figuraba yo—decía á voces.—Después de tres ratas machos, las tres ratas hembras, después los tres ratas niños, ahora los tres ratas *hermafroditas*; si á lo menos los hubieran hecho salir por escotillon ó descolgándose de las bambalinas... ¡pero si salen otra vez por la derecha y á zancada lenta!

Y aquel que fué un espectador tal como lo pueda soñar el autor de menos caletre, es hoy un furibundo *palteador*.



El presente que en el estreno menos pensado le van á dar la jota de los tres cocheros, la polka de las tres floristas, el vals de los tres cesantes ó la mazurka de las tres gracias.

Saliendo, por supuesto, el terceto salvador de la concha del apunador ó de una plata proscenio, á zancada lenta. Esto sobre todo.



Así se ha transformado un buen ciudadano en *reventador* terrible, dispuesto á andar á tiros con los *alabarderos* y *barateros* de empresas así que vea salir á tres en fila india y andando á zancada lenta.

Melitón González.

## EN EL ÁLBUM

DE LA ENCANTADORA NIÑA MARÍA PEÑADOR

¡Ay, Marañal! ¡Marañal!  
Con los rates me incomodo,  
y con razón, ¡arambital!  
No me hace gracia maldita  
que te traten de ese modo.

Veo que aquí un escritor  
te llama *ciclo* en su anhelo,  
y otro dice que eres *flor*;  
y te engañan, sí señor,  
pues ni eres *flor* ni eres *ciclo*.

¿Á qué ese afán de mentir?  
¿Para qué te han de poner  
motes que me hacen reír?  
¿Y para qué han de decir  
cosas que no pueden ser?  
Nuestros poetas primeros  
en sonetos y en cuartetas  
te alabarán lisonjeros...  
Mas no liza en poetas,

porque son muy embusteros.

Y aunque bondadosa seas  
y ellos con grandes ideas  
te llamen *rosa bendita*,  
¡no los creas, Marajita!

¡Marajita, no los creas!  
Fía tan sólo en mi acento;  
que en lenguaje liso y llano,  
sin galas del pensamiento,  
te diré, como asturiano,  
solamente lo que siento.

¿Que eres un *ciclo*? ¡Tontuna!  
¿Que eres una *flor*? ¡Bobada!  
¡No hay tal cosa! Por fortuna  
para todos, eres una  
chiquilla muy resalada.

Por hermosa y zalamera  
no hay uno que no te quiera,  
y serán cebo de amantes

esos ojillos tanantes  
que miran de una manera...  
En ti hay ternura y bondad.  
Hablo con sinceridad,

sin vanas palabrerías.  
Y esto es decir la verdad.  
¡Lo demás son tonterías!

Vital Aza.

## ALMANAQUERÍAS

Aquí, en la mesa de mi despacho, llenándola toda, los tengo. Son tres, seis, doce, innumerables como los nombres del martirologio... ¡Y pensar que, hace ahora treinta y cinco años (año más ó menos), solamente uno se publicaba, y ése pobre y malo y feo! De almanaques hablo; y los que tengo á la vista son del año de 1894 y pertenecerán pronto á la historia.

Si, por aquel entonces estaban estancados los almanaques; lo mismo que lo están ahora las cerillas, y el estancamiento producía los resultados que las iniquidades producen siempre, los almanaques eran casi tan malos como ahora son los cigarrillos. Y digo casi nada más, porque tan malo como eso que la *Compañía Arrendataria* nos vende, muy caro por cierto, no hay nada en el mundo, ni lo ha habido jamás, ni lo habrá nunca. Pero un día...

¡Día feliz! ¡Día feliz! (*Cantata número veintitrés*)  
ocurrió á un ministro desestancar la industria almanaquera, y desde aquel día hemos ido prosperando, prosperando, y nadie sabe adónde llegaremos si otro ministro no tiene el capricho de volver al estancamiento, en vista del excelente resultado obtenido en nuestra industria de cerillas, que antes competían con las mejores de Europa, y ahora no sirven para nada, ni compiten con los fósforos de cartón.

Pero *revenons à nos moutons*, como dijo el otro—que no sé quién sería, aunque es de presumir que fuera un francés,—vuelvo á mis almanaques desestancados, y que á gloria verlos, tan lindos, tan primorosamente impresos, con tan buen papel, con tan hermosos grabados, con artículos tan ingeniosos y poesías tan bellas, y algunos con figurines y hasta con música y todo; vamos, el scabóse.

Han transcurrido muy cerca de cuarenta años desde que los muchachos de entonces admiraron embebecidos el almanaque *Omnibus*, que si la memoria no me es infiel,—que bien podría serlo, porque es mujer al fin, y no fio mucho de ella,—fué el primero que se publicó en España después de aquello del desestanco.

El almanaque *Omnibus*, del que no conservo el ejemplar, adquirido mediante el desembolso de doce reales—en 1860 aún contábamos por reales, aunque había más pesetas que ahora;—pero recuerdo que era un libro muy inferior, por el contenido y por el continente, á los que venden ahora á cincuenta céntimos, y aun á los que dan de regalo algunos industriales rumbosos.

Ahí está, es decir, allí, en su establecimiento tipográfico de la calle del Rubio, el impresor Regino Velasco, tipógrafo de profesión y de aficiones literato, que ha obsequiado á sus parroquianos este año, según la costumbre de años anteriores, con un almanaque precioso, muy reducidito y muy mono.

Contiene un juicio del año, escrito en verso por Navarro González; el santoral y un álbum en el que hay composiciones poéticas y trabajos en prosa.

Hojee el álbum y tropiezan mis ojos con las firmas siguientes: Rosario de Acuña, Federico Urrecha, Campoamor, Eduardo Bueytillio, Miguel Ramos Carrión, Tomás Luceño, Sinesio Delgado, José Estremera, José de Velilla, E. de Lustonó, Alejandro Larribiara, Vital Aza, Felipe Pérez y González, Sobaquillo, y no he pasado de las primeras páginas. Pero si es cierto que por el hilo se saca el ovillo, paréceme innecesario continuar; ya puede figurarse cualquiera qué clase de ovillo será un almanaque en el cual hay hilos como ésos.

Después del almanaque de Regino, hallo otro (regalo también) de la casa editorial de Barcelona Antonio J. Bastinos. Es un primer en todos conceptos; mezcla de catálogo y de álbum, que acredita el buen gusto del editor y justifica el gran crédito de su casa.

Y no digo nada de los almanaques de *El Motín* y de *El Folletín*, porque ellos solos se alaban, no es menester alaballas.

Razón poderosa en que me fundo para no hablar tampoco del *Almanaque de Madrid Cómico* (que es cosa de casa), ni del de *La Gran Vía*, que no es de casa, pero que para eso como si lo fuese; ni del de *La Ilustración Española y Americana*, que es, sin disputa, de lo más *mejorcito* que se hace en Europa.

Pues andar que del almanaque de la *Esquella de la Torratxa*, publicado por Innocente López, de Barcelona, (el Fernando Fe de Cataluña), no se acabaría nunca si hubiese de consagrarle todos los elogios que merece, y me quedán en el tintero los almanaques de *La Campana*, de *El Imparcial*, de *El Día* y de *La Última Moda*, que son verdaderos prodigios, maravilla del arte, si se comparan con aquel pobre almanaque *Omnibus* que, por los años de 1860, abrió el camino á esta clase de publicaciones, anunciando lo que prosperaría la industria con el aludido desestanco.

«Si hallar quieres de Arquímedes  
la famosa palanca,  
desestanca, gobierno, desestanca.»

Antonio Sánchez Pérez.

## El mejor plato.



(EPISODIO DE 1809)

(Dibujado de M. Alenza.)

## I

Por Dios, que, de no haber sido español tan puro y neto, de juro esta vez lo fuera el honrado posadero. Ganancia alguna le daba el incesante trasiego de los viles renegados que, al rey intruso sirviendo, ora á la corte pasaban orondos y sa'isfechos al saber una derrota de nuestros pobres ejércitos, ora de Madrid salían como espantados conejos al ver que á sus flojas tapias llegaban los guerrilleros. Pero ¡por Cristo! aunque el lucro en ocasiones es bueno, si á humillaciones se compra, llévase el diablo el dinero.

## II

Y lo que es aquella tarde bien humillaban al viejo aquellas melifluas hordas de empecatados escnerzos que, sabiendo que á su corte

tornaba José primero, á Madrid se dirigían de inmenso alborozo llenos. Damiselas, currutacos, advenedizos de esos que solamente entre el lodo pescan elevados paestos, vindas bajo su palabra, un oidor, un consejero, y lo que es aún más extraño, entre gente tal un clérigo, de nuestras rancias costumbres renegando y maldiciendo, aunque ninguno en su vida traspasó los Pirineos, en la vetusta posada á comer se detuvieron, por buen tono chaparrando la lengua de sus abuelos. ¡Y aquí de la gran vergüenza del parador para el dueño! Aquellos hartos de sopas, de su fama en detrimento, tras invadir la cocina bajo el frívolo pretexto de que mejor que las mozas guisaban sus cocineros, los platos de Talavera retirando con desprecio

y de los vasos de vidrio sangrienta chacota haciendo, del fondo de sus baúles tal baratanda extrajeron de cristales, porcelanas y otros costosos trebejos, cuyo origen fuera fácil encontrar en los saqueos de que eran blanco á diario los palacios y conventos, que al ver trocada su mesa en tinglado de buhonero, en poco estuvo que el hombre perdiera de rabia el seso.

## III

—¿Qué os parece la comida? le dijo al fin un mastuerzo que, vestido de lacayo, la mesa estaba sirviendo. —¡Soberbia, por vida mía! contestó con rabia el viejo. ¡Lástima que falte en ella el plato más succulento! Y al preguntarle el lacayo con el tono más ingenuo: —¿Qué plato?

—¡Pues la vergüenza! le respondió el posadero,

y añadió, mientras la espalda le volvía con desprecio: —Pero ni á ti ni á tus amos os gusta su condimento.

## IV

El mesón de allí á muy poco se estremeció ante el estruendo de una descarga cerrada que se escuchó no muy lejos, y como los comensales, turbados, lividos, trémulos, con un «¿qué pasa?» en los labios fueron á salir corriendo, el mesonero-patriota, rebosándole el contento de aquellos ojillos pardos, antes airados y fieros, entró gritando:

—¡Calmarse!

Tomen esas asientos: ¡es que el plato que faltaba se le traen los guerrilleros! Y tal vez compadecido de su indescriptible miedo, dejó que aquella caudilla tendiera hacia el campo el vuelo.

Angel R. Chaves.

## Cuento de cuentas.

Bien dice el refrán que cuando menos se piensa salta la liebre. Es decir, no está del todo bien que yo llame liebre á la que hoy es mi dulce, tierna y cariñosa esposa, pero es el refrán más apropiado para declarar lo ajeno que estaba yo de que iba á casarme, y á casarme pronto, con una muchacha joven, guapa, si las hay, laboriosa, en fin, con una mujer que se parece al catecismo en que tiene las virtudes teologales, y en que me ha proporcionado las bienaventuranzas por medio del santo sacramento.

Verán ustedes: Yo era oficial de tapicero, y un día que había poco trabajo en el taller me dijo mi maestro:

—Mira, Ramón, ni quiero que pierdas el jornal, ni que te estés mano sobre mano; toma esta cuenta y á ver si puedes cobrarla. He enviado al aprendiz lo menos diez veces y cada día le dan una nueva disculpa. ¡A ver si tú sacas algún partido!

Cogí la cuenta me arrollé el mandil á la cintura y salí disparado á casa de los vizcondes de... no me acuerdo del nombre, era cosa de verde, ó Pradoverde, ó Monteverde, ó Rioverde...

Llegué, llamé, y salió un criado con calzón corto, media blanca, casaca de grandes botones, tirillas muy almidonadas, patillas como dos cipreses boca abajo...

—¿Qué quiere usted?  
—Venía á traer esta cuentecita...  
—¿De parte de quién?

—Del tapicero.

—¡Ah, sí! ¡Siéntese usted!...

Y palpando, palpando, tocó mi mano el respaldo de un banco y me senté.

Digo palpando, palpando, porque el recibimiento estaba oscuro como boca de lobo, y sólo cuando se abrió la puerta de la escalera, que también tenía poca luz, podía el que estaba dentro darse cuenta de si era de día ó de noche.

A mí me pareció que está oscuridad, que aun siendo de día pudiera haberse combatido con una misera lamparilla, era estudiado aparato de los señores vizcondes para amedrentar y ahuyentar á sus acreedores, porque irles á cobrar á ellos una cuenta era casi lo mismo que sufrir las pruebas de fuerza de voluntad que dicen que impone la masonería á sus neófitos, y cuando uno se encontraba en aquel recibimiento, cerrado por todas partes, sumido en negras tinieblas, acababa al poco rato por buscar palpando la puerta de salida y huir escalera abajo. Los criados estaban por su parte aleccionados, y al que iba á cobrar una cuenta le dejaban horas y horas sin acordarse de él ni ir á decirle una frase de esperanza ó consuelo.

Me estuve, pues, quietecito en mi banco con la resignación del que, aun hallándose en aquella situación, le seguía corriendo el jornal y al poco rato creí notar la suave respiración de una persona, y momentos después sonaron dos ó tres golpecitos de una tos atiplada y al parecer femenina.

—No estoy solo — me dije — ¿quién me acompañará en este calabozo?

Nada más fácil que despejar la incógnita. Saqué un cigarro, le deslicé y volví á liar á oscuras, encendí un fósforo, miré y... era una

joven, al parecer guapa, digo al parecer, porque el temor de pasar de curioso ó de avergonzado me obligó á apagar pronto la cerilla, sin tener tiempo de examinar minuciosamente á la muchacha.

—¡Anda!—dije en voz alta.—Yo creía que estaba solo y me encuentro con...

—Con una compañera de calabozo—me interrumpió.

—En efecto, esto es un poquito aburrido.

—Pues una hora hace que estoy aquí.

—Por supuesto que usted vendrá...

—¡Claro! A lo mismo que usted, á traer una cuenta que por las veces que ha venido conmigo podría andar sola el camino.

—Pues la cuenta que traigo yo ya está rozada por los dobleces de tanto traerla y llevarla

—Y lo que te rondaré...

—¡Ah! ¿Cree usted que tardarán en pagarla?

—¡Sí la pagan!

—Demontre! ¿Pues esta gente no parece que está tan mal, buen lujo tienen! ¿Que uno pase apuros porque es un infeliz artista que está atendido á un jornal escaso, vaya con Dios! Pero esta gente de coche y lacayos...

—¡Calle usted! ¿Si este Madrid es una pura bambolla!

—Todo el mundo gasta más de lo que tiene.

—Y de lo que puede.

Sentimos pasos y nos quedamos callados. Se abrió una puerta que daba á un salón muy lujoso y apareció el criado de antes, que abrió la puerta de la escalera. Salió del salón un joven muy estirado, muy correcto, muy peinado, de barba muy cuidada y, despidiéndole una elegantísima y hermosa dama que era la vizcondesa

—¡Vaya! No te molestes, Amalia.

—Adiós, Luis... y que vengas.

—¡Pierde cuidado!

—Mira que si no te envío un par de civiles para que te traigan codo con codo.

—Ya me desatarías tú.

—Adiós.

—Adiós.

Se metió la dama, dió un portazo el criado, se entró por donde había salido, cerró también la puerta del salón, y mi compañera y yo nos quedamos nuevamente sumidos en profunda oscuridad.

—Este será un amigo—dije yo subrayando la palabra con el acento, porque en la oscuridad era inútil guiñar el ojo con sentido pícaro.

—¡Algún lo!

—Hija; por Dios, no he querido yo decir...

—¡Anda! ¿Si los tiene á montones! ¿No ve usted que el vizconde es viejo y no puede con la bula?

—¡Yaf vamos! Y la bula la tiene ella.

—¡Y bien que se aprovecha!

—Hace perfectamente...

Nuevo silencio y la consabida oscuridad. Al cabo de unos minutos volví á iniciar la conversación. Algo había de hacer por entretenerme.

—¿De modo que viene usted aquí á menudo?

—¡Ya lo creo!.. Un día sí y otro no, ya se sabe. Me dice la maestra: «Anda, Matilde, toma la cuentecita y vete á echar un sueño á casa de los vizcondes».

—¡Hola! ¡hola! ¿Conque usted se llama Matilde?

—Para servir á usted.

—¡Ojalá! ¿Y es usted de oficio?

—Sí señor, modista.

—¿Y viene usted un día sí y otro no?

—Eso es, y me voy como el que va Roma y no ve al Papa.

—Vamos, que se va usted como estamos ahora: sin luz.

Esta vez rompió la conversación un campanillazo.

—Otro compañero de tinieblas—dije yo.

—Será el zapatero, ó el sastre, ú otro así.

Salió el criado de las medias blancas y las patillas colgando y abrió.

El que llamaba era un lacayo.

—¿Está tu ama?—preguntó.

—Sí que está.

—Mi amo, que está en el coche, dice que si le puede recibir.

—Creo que sí, porque acaba de marcharse el señorito Luis.

—Pues voy á avisarle.

El de las patillas cerró y yo aproveché la circunstancia para decirle:

—Pero oiga usted, buen mozo. ¿Van á pagar la cuentecita?

—¡Quiá, hombre, quiá! La señora no recibe.

—Pues, hombre, bien podía usted haberlo dicho.

—Y usted podía haberlo preguntado. Yo dije á cada uno de ustedes «¿Que trae usted?» «La cuenta de la modista», «la cuenta del tapicero», me contestaron. Si me hubieran dicho que venían á cobrarla, les hubiera contestado lo que ahora contesto: que es mal día para eso.

—Vaya, vaya... aquí sobre uno.

—¡Y una!—dijo mi compañera.

Y bajamos juntos la escalera, en la que encontramos al señorito del coche que subía. Era un joven almibarado, con los bigotes retorcidos como un sacataponés.

Ya en la calle, vi dos veces el sol. El del cielo, que enviaba torrentes de luz y alegría, y la cara de Matilde, que era un sol que casi oscurecía al otro.

—¡Jesús, qué mujer!—dije para mí.—¿Y he estado yo media hora tan cerca de la gloria sin saberlo!

¿Qué pena me daba tenerme que separar de ella después de haberla visto!

—¡Vaya, abur!—dijo Matilde.

—¿Hasta cuándo?—pregunté.

—Pues yo... hasta pasado mañana.

—¿Vendrá usted?

—¿Qué remedio!

—¿A esta hora?

—A las dos de la tarde.

—Vaya usted con Dios, alma mía.

—¡Adiós, guasón!

Y me encaminé al taller con el corazón tan alborotado que parecía una máquina de reloj con la cuerda recapada.

—¿Qué hay?—me preguntó el maestro.

—¡Nada! Que vuelva pasado mañana á las dos de la tarde.

—Enviáremos al aprendiz.

—¿Quiá! Eso no es cosa del aprendiz. Si no cobro yo la cuenta, no hay Dios que la cobre.

—Bueno... irás tú.

¿Necesito decir á ustedes la impaciencia con que fui, el amoroso afecto con que saludé á Matilde, cómo fué creciendo en mi pecho el puro amor hacia la modista, el orgullo con que supe que era correspondido y la alegría con que un día sí y otro no veía llegar el momento de charlar un rato con la que ya era mi novia?

Si me hubieran pagado la cuenta al segundo día que fui á cobrar, me hubieran hecho el hombre más desgraciado del mundo.

Afortunadamente no fué así, y en las profundas tinieblas de aquel recibimiento nos declaramos el amor, concertamos la boda, proyectamos un porvenir venturoso y... ¡ay de aquel que se atreve á sospechar el menor rasgo de impureza en aquellas entrevistas invisibles! Yo soy un hombre honrado, mi Matilde es una mujer decente.

Dos meses después el cura de San Sebastián nos ponía á ambos la cinta de gro blanco enlazando ambos cuellos como símbolo de la eternidad del enlace de nuestros corazones.

Si pasan ustedes por la calle de las Huertas, verán una tiendecita cuya muestra está dividida por el centro: á la izquierda se lee *Modista* y á la derecha *Tapicero*. A un lado hay un cartelito hecho á mano que dice: *Se hacen y preparan trajes—Se cose á máquina*, y al otro lado otro de igual tamaño donde se lee: *Se decoran habitaciones—Se componen y reorman muebles*.

Dos años hace que Matilde y yo vivimos en la gloria.

El otro día me encontré á mi maestro y le dije:

—¡Hombre! ¿Y la cuentecita aquella de los vizcondes del... verde?

—¡Toma! ¡toma! ¡toma! ¡Sin cobrar! El aprendiz está ahora en noviazos con la chica que lleva la cuenta de la modista.

*Manuel Matcos.*



POICORÁ

—Nunca ames demasiado; el mucho fuego va al olvido flechado.

—Pues bien, dijo ella, aunque me olvides amame demasiado. (luego,

*Camficamor.*

# La fotografía instantánea.

(POR CILLA)



—Sí, señor, es una máquina en forma de gemelos de teatro. Se enfoca, se aprieta un botón, y ¡zas! ya está todo hecho.



—Nada, hoy me voy al Retiro, me traigo un par de pruebas, las amplío, y convengo a D. Bonifacio esta misma noche.



—Si tropezara con un grupo que me diera un conjunto artístico...



—¡Ni pintado! Las figuras, el paisaje, ¡todo! ¡un cuadro, un verdadero cuadro!



—¡Zas!



—Y ahora ¿se convengo usted?  
—¡Mi mujer con el secretario!

## TRISTEZA DEL BIEN AJENO

(MONOLOGUITOS MICROSCÓPICOS)

I  
—Él es rey; yo sólo soy príncipe. Cuando se presenta en público la corte, todas las miradas son para él. Yo detrás, ¡siempre detrás!

II  
—¿Por qué nacería yo después? Mi hermano es príncipe; yo sólo soy infante. Él es solo; como yo hay cuatro.

III  
—¿Duque! ¿Y para qué me sirven el escudo y la nobleza si no corre sangre real por mis venas? ¡Si al menos fuera infante!...

IV  
—Ya he comprado un título. ¿Y qué? Los aristócratas verdaderos siempre dirán que no tengo sangre azul.

V  
—¿Qué feliz ése! Logró hacerse bastante rico para igualarse con los nobles. ¡Quién pudiera comprar un título!

VI  
—Si yo tuviera tanto dinero como él, no desearía nada. ¡Millones, muchos millones! Mi fortuna, comparada con la suya, es una miseria.

VII  
—¿Yo secretario de este hombre tan bruto! Me humilla depender de él.

VIII  
—¿Si yo lograra llegar a secretario! Esto de ser un simple escribiente...

IX  
—¿Qué vida tan descansada pasa el escribiente! Este trabajo de ayuda de cámara es muy pesado.

X  
—Aquí, en el pescante, sufriendo los rigores del tiempo, mientras el ayuda de cámara pasa la vida como un príncipe.

XI  
—¡Eso es, yo cuidando los caballos, trabajando de noche y de día, y ese animal de cochero dándose tono en el pescante!

XII  
—¡Si yo lograra algún día ser mozo de cuadra! ¡Qué bien comer! ¡Egoísta! Hoy solo me ha dado un mendrugo y un hueso... Y yo tengo que contentarme con las sobras...

XIII  
—¿Ése le dan todas las tardes un puchero lleno de comida. ¡Y aun puede que se queje!

XIV  
—¿Qué mendrugo tan tierno y qué hueso tan sustancioso se está comiendo aquí! ¿Cuándo lograré yo comer así?

XV  
—¿De qué me sirve ser rey? No tengo libertad para nada. ¡De seguro es más feliz que yo aquel mendigo que toma el sol mirando al otro pobre que roe un hueso y come un pedazo de pan duro!

Miguel Ramos Carrión.

## LECCIÓN DE MITOLOGÍA

Por no faltar al decoro, y estorbándole la ropa, para seducir á Europa volviósese Júpiter toro; en forma de lluvia de oro á Dánae se propinó; cisne, de Leda gozó, y conjunto de hombre y fiera, ni Antiope, con ser quien era, le supo decir que no.

Esto prueba, á mi entender, que, á despecho del engaño, todo lo nuevo y extraño apasiona á la mujer; y que hoy, lo mismo que ayer, no es el triunfo material del honrado y del leal, cuyas costumbres practico: es del que halaga por rico, ó brilla por animal.

Mamuel del Palacio.

## La huelga.

(CUADRO DE D. VICENTE CUTANDA)



Húndense los mineros  
abriendo misteriosos agujeros,  
y en desigual combate con la tierra,  
que en su seno profundo  
para ahogarlos traidora los encierra,  
dan, tras constante y fatigosa guerra,  
pan á sus hijos y la vida al mundo.  
No tienen para ellos  
ni el firmamento mágica belleza,  
ni aroma el aire, ni la mar grandeza,  
ni el valle flores, ni la luz destellos.  
¡Gusanos miserables  
que saben y descienden por los cables  
con su pala, su pico y su linterna,  
y siempre en honda cárcel, siempre abajo,  
sucumben en las luchas del trabajo  
entre las sombras de la noche eterna.  
La suerte los castiga año tras año,  
y el encierro es tan hondo  
que no se acuerda nadie del rebaño  
que brega sin cesar allá en el fondo.

Pero también el fuego  
se oculta de la tierra en las entrañas  
y altivas le aprisionan las montañas  
con su gran pesadumbre, hasta que luego  
ruge el volcán, que estalla de repente,  
y abierto el cráter que descaja el monte  
con el humo ennegrece el horizonte,  
con la lava candente  
rompe, destroza, esteriliza, abrasa  
la campiña feraz por donde pasa;  
y al cubrir de crespón el firmamento  
y al arrasar los bosques de la sierra,  
se queda en un momento  
dueño y señor del cielo y de la tierra.  
Así, de pronto el hormiguero humano  
que se pudre en las tristes galerías  
surge amenazador, enchillo en mano,  
de sus cuevas sombrías;  
y rugiendo, envidioso  
del aire y de la luz que nunca goza,  
saquea sin piedad, quema y destroza

para ensayar sus fuerzas de coloso.  
Con estas convulsiones  
se estremecen de espanto las naciones;  
tiende poco después sus negras alas  
el espectro fatídico del hambre  
y, agotados sus bríos, el enjambre  
torna á coger sus picos y sus palas  
y á medir el fulgor de su linterna  
con las negruras de la noche eterna.

Pero no de otro modo  
la tierra, remozándose, palpita;  
prueba al cambiarlo, al destruirlo todo,  
su juventud espléndida infinita  
y, acabados los roncós estertores,  
tiene más vida, más vigor, más flores...

Si muchas veces la incendiaria tea  
marca el camino á salvadora idea,  
cuando la crisis convulsiva acabe,  
¡progresará la humanidad! ¡Quién sabe!

Sinesio Delgado.

## EPITAFIO

Tras de rico y poderoso,  
vióse pobre y derrochado  
y ha muerto en lecho prestado,  
sin cariño y sin reposo.  
Quien no le dió generoso,

cuando lloraba, en sostén,  
dice hoy, llorando también:  
— ¡Ha muerto en el hospital...  
¡Lo malo no es morir mal!  
¡Lo malo es no vivir bien!

Ricardo J. Catrinen.

★

## SUMARIO

TEXTO: Santoral. — ¡Ya está ahí!, por Eduardo Bastillo. — *Modus vivendi*, por Jacinto Octavio Picón. — Un estreno, por Miguel Echegaray. — Solicitud, por José Jackson Veyán. — Martes, día aciago, por Luis Taboada. — Sobre el honor, por José López Silva. — Problema irresoluble, por el General Riva Palacio. — En el álbum de Chichita, por Juan Pérez Zúñiga. — La venda de Cupido, por José Estremera. — Cosas de antaño, por José Estrañá. — Cuento para niños, por Eusebio Sierra. — Regalos, por Eduardo de Palacio. — La ciencia moderna, por Fiacro Iráyzoz. — La trampa, por Clara. — La muerte de un amor, por Luis de Ansorena. — El corneta de órdenes, por Emilio Sánchez Pastor. — Remordimientos, por Constantino Gil. — En defensa de un ausente, por Tomás Luceño. — En el álbum de María Feinador, por Vital Aza. — Almanaqueñas, por Antonio Sánchez Pérez. — El mejor plato, por Ángel R. Chaves. — Cuento de cuentas, por Manuel Matoses. — Dolora, por Ramón de Campoamor. — Tristeza del bien ajeno, por Miguel Ramos Carrión. — Lección de mitología, por Manuel del Palacio. — La huelga, por Sinesio Delgado. — Epitafio, por Ricardo J. Catrinen. — Anuncios.

GRABADOS: Cubierta, por Cilla. — Galantería fin de siglo... pasado, por M. Alonso. — El método Brava Sequard en tiempo de Epaminondas, (tres viñetas), por Melión González. — Sanos consejos, por Pla. — Alf Batilufa (ocho viñetas), por Apelles Mestres. — De caza — Sobre el honor, por Cilla. — Problema irresoluble (dos viñetas), por F. Mas. — Exceso de finura (seis viñetas). — La venda de Cupido (tres viñetas), por Mecachis. — Restos de un D. Juan «fin de siglo», por Pellicer. — Sin comentarios (tres viñetas). — La trampa (seis viñetas), por Mecachis. — El corneta de órdenes (cuatro viñetas), por Cilla. — Haciendo por la vida, por F. Mas. — Cómo nace un reventador (siete viñetas), por Melión González. — El mejor plato, por M. Alonso. — Dolora, por F. Mas. — La fotografía instantánea (seis viñetas), por Cilla. — La huelga, por Cutanda.

## BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

## FÁBULAS Y CUENTOS

POR JOSE ESTREMEIRA  
Precio, 2 pesetas.

## MIGAJAS

POR J. LÓPEZ SILVA  
Precio, 2 pesetas.

## PÓLVORA SOLA

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA  
Precio, 3 pesetas.

## ESPAÑA CÓMICA

ALBUM DE CINCUENTA CARTULINAS ENCUADERNADO EN TELA  
Precio, 23 pesetas.

## TITIRIMUNDI

POR LUIS TABOADA, DIBUJOS DE CILLA  
Precio, 3,50 pesetas.

## GUASA VIVA

POR J. PÉREZ ZÚÑIGA, DIBUJOS DE CILLA, MECACHIS Y ORÓS  
Precio, 3 pesetas.

## ALMENDRAS AMARGAS

POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA  
Precio, 3 pesetas.

## LOS BARRIOS BAJOS

POR J. LÓPEZ SILVA  
SEGUNDA EDICIÓN  
Precio, 3,50 pesetas.

## Colecciones del «Madrid Cómico».

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:  
Sin encuadernar. — A los suscriptores: 8 pesetas. — A los no suscriptores: 10 pesetas.  
Encuadernado en tela. — A los suscriptores: 10 pesetas. — A los no suscriptores, 12,50.

## CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

## COMPAÑÍA COLONIAL

## TAPIOGA TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPOSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20  
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS  
COGNACS SUPERFINOS

JIMENEZ Y LAMOTHE  
MÁLAGA - SANZANARES

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid. — Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias. — Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar. — Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

## PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos. — Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Feinular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID, 1895. — IMPRENTA DE LOS HIJOS DE D. G. HERNÁNDEZ  
Libertad, 18 duplicado — Teléfono núm. 934.